



MARIANA COX-STUVEN
(SHADE)

UN REMORDIMIENTO

(RECUERDOS DE JUVENTUD)

1909
· IMP. BARCELONA ·
SANTIAGO, CHILE

AAR 1292

MARIANA COX-STUVEN
(SHADE)

Un Remordimiento

(Recuerdos de juventud)



SANTIAGO DE CHILE
Imprenta, Litografía y Encuadernación «Barcelona»
MONEDA, ESQUINA SAN ANTONIO
1909

A la mémoire de mon
Père, ce volume et toute
mon œuvre sont tendre-
ment dédiés.

AU LECTEUR

Lecteur, tu me fais un grand honneur en lisant ces pages écrites par un cœur qui bat depuis longtemps, et faites dans une volonté de travail et de profit .. Mais cette gloire que tu me donnes, n'est un bienfait sinon quand elle est méritée... et je n'ose croire que quelques pages dictées par l'émotion et la sincérité soient un titre glorieux.....

Je ne veux qu'une seule chose: je n'ai qu'une aspiration; c'est que ce livre arrive à tes mains, quand tu seras disposé de croire à la vérité d'une âme.

M. C. S.

"LES ORMES"

AVRIL-MAI, 09



UN REMORDIMIENTO

(RECUERDOS DE JUVENTUD)

L'esprit souffle où il veut.

I

He de recordar siempre la primera tarde en que aquella alma joven se presentara en mi camino. No fué en el mundo, ni entre los vanos que se divierten en medio de las fiestas en que mueren las verdaderas alegrías, ni en medio del ruido del hablar ocioso en donde se marchita la flor del alma y pierde la frescura de su aroma; ni en medio de la dan-

za, ni entre los acordes del arte delicioso de la música que une los corazones, ni en el teatro en que se juega la misma comedia ó tragedia de la vida de los humanos.

Fué en el campo, que habitábamos desde hacía algun tiempo—después de un gran duelo—perdidos entre las montañas, ante una naturaleza salvaje, por momentos muy hermosa, en donde yo vivía tardes de silencio y de soledad, envueltas en luz de tonos casi sobrenaturales. Ningún ruido, sino la sordina de los insectos escondidos entre la hierba, y el batir de alas de los pájaros tímidos ó apresurados que buscaban su alimento, su placer de danzar en la flexible rama, el abrigo de su nido... todo lo que puede encantar el corazón de un pájaro.

A veces, hacia el crepúsculo, grandes, inmensas nubes agrupábanse en la bóveda azul, arrojando sus sombras sobre

las altas colinas verdes, oscuras de vegetación. Y estas imágenes figuraban extraños, fantásticos perfiles.

Eran árboles, peces monstruosos, delgadas columnas de base anchurosa, pájaros enormes con las alas abiertas, perfiles de brujas, cabezas de soldado con antiguo casco; eran banderas sin gloria, sin color nacional, cruces sin redentor, tenues velos de blanquecina gasa. Arroyos de oro y fuego... un número infinito de creaciones cambiantes que atraían mis miradas y que un momento después ya no existían, deformadas, transformadas en simples nubes que se teñían un instante de rosa, bajo la acción del sol poniente, luego después de violeta, de gris claro, y que acababan por desaparecer tras el manto de sombra, que caía lentamente sobre la obra maestra.

A la hora del crepúsculo, recuerdo que una flecha sonora rasgaba el aire: era la

campana que anunciaba el término del trabajo. Poco después de entre la verdura de la joven viña, de los campos sembrados y de los aserraderos subía el grito alegre del trabajador, avanzando por el ancho camino blanco, tras los bueyes pensativos y graves. Las aldeanas entonaban canciones tristes, agudas, en forma de amorosa queja que no salía sino de sus labios; los muchachos corrían persiguiéndose, y en las casas las esposas y las madres, hacían hervir la desabrida sopa, dormitando en la espera... Por fin los ruidos cesaban poco á poco, y la hora se hacía solemne y grandiosa, era el momento de la partida del día y de la llegada de la noche... Las dos potencias se encontraban sobre el mismo camino hemisférico y se saludaban mostrándose cada una en todo su esplendor misterioso.

Para mí era el momento muy dulce

del día, en que mi alma abierta á la potente sugestión de la naturaleza, se dejaba impregnar de sus voces sutiles, de sus perfumes, de su belleza; en que abandonaba mi memoria al recuerdo de mis muertos... de los seres bien amados que vivían sobre la tierra, de los que había querido tanto! y que ya no respondían á la voz de mi corazón... de los ausentes que me amaban y de quienes yo sentía el pensamiento afectuoso envolverse como un manto de felicidad, tibio y dulce...

Luego después era la llegada de los astros, silenciosos en la paz de la naturaleza adormecida... Se les habría podido contar, estos astros que venían uno á uno como los hombres á una asamblea. Brillaban todos sobre nuestro mundo; miraban con una misma mirada altiva é indiferente á los que vivían la vida loca y agitada de las ciudades... A los que tra-

bajaban cantando para arrancar á la tierra su secreto, regándola con el sudor de su frente: á los que oraban en los claustros, y á los que blasfemaban de Dios; á los que palidecían encerrados en los laboratorios en busca del misterio del alma, de la vida y de la muerte, y á los que se unen, corriendo las calles, para sitiarse la virtud de la mujer... A los que el remordimiento mataba, á los que gemían en las prisiones, á los que meditaban crímenes y á las almas buenas que cerraban los ojos al mundo exterior para abismarse en la oración... Brillaban sobre todos igualmente, obedeciendo á leyes eternas... Pero mi grande amiga era Venus que llegaba á la altura la primera... Parecíame que el astro altivo que brillaba entre las franjas doradas del cielo, miraba con una especie de interés y de curiosidad aquellas dos almas que habían plantado valientemente su tienda en

la gran soledad, patria de los fuertes... quería yo creer que este astro viejo, mucho más viejo que los tiempos y que el mundo, era el mismo que iluminara el alma de los Magos y la frente pálida de los pastores que velaban... y que Venus al llegar cada noche me decía en nombre de los ángeles retardados en la lejana noche divina: «Paz en los corazones de buena voluntad».

II

Nuestro jardín que se extendía á espaldas de los edificios de vivienda, y cuya reja le separaba del gran bosque, embelecíase por aquel tiempo de primavera. La juventud del año veíase allí por todas partes: algunas flores respondían á mi interés con una sonrisa de oro... Otras inclinaban dulcemente las campánulas de su cabeza, ó bien abrían admirables ojos

azules... Las había que temblaban sin que un soplo de aire las rozase... esas eran blancas, con pétalos delicados como gasa. Luego, innumerables labios abríanse, frescos y rosados como un grupo de niños que se maravillasen... y más allá sentía la mirada de algunos ojos que levantaban penosamente pesadas pupilas de cera y desde abajo miraban tristemente con sus párpados violetas... y más lejos veía flores que agitaban sus pétalos como mariposas que van á emprender el vuelo...

Me parecía que yo caminaba en medio de un país habitados por almas que no hablaban, pero que comprendían y sentían... Aspiraba esta alma universal esparcida en la creación y sentía agitarse á mi alrededor vívido y potente ese fluído inteligente, que penetra al mundo y que actúa misteriosamente y en forma

diversa según el grado de ductilidad de los organismos que visita...

III

Los días se parecían entre sí de tal modo que, en la inconciencia que crea la costumbre, hacíamos los mismos gestos, experimentábamos las mismas sensaciones, y las mismas almas vivían delante de los mismos problemas... Yo vagaba todas las mañanas y todas las tardes por entre los rosales cargados de flores... veía las largas varillas floridas inclinarse las unas hacia las otras bajo la brisa ligera, como corazones humanos movidos por una misteriosa simpatía... Asistía al lento desarrollo de las semillas que la tierra regada guardaba en su seno... me inclinaba cada día ante el misterio de esos gérmenes apenas visi-

bles que debían transformarse en planta, en flor, en fruto... y así las horas, los días y las semanas pasaban.

Comenzaba á sufrir de la necesidad de un cambio cualquiera; por de pronto no supe lo que deseaba... Me era necesario para retemplar mi espíritu de sociabilidad, dejar esa soledad que me era cara, y en la cual me sentía libre como el pez en el seno de los mares? Nó! Yo no lo quería... Y sin embargo, la idea de permanecer en el campo Dios sabe hasta que día, me hacía mal... La inquietud de nuestro espíritu exige que la vida de viaje y de movimiento sea más bella y más atrayente... y yo soy de tal naturaleza que si llegase no importa á donde, y supiese que allí debía permanecer para siempre, la estadía en un paraíso me parecería el infierno...! La idea de abandonar pronto un sitio me seduce y me hace amarle... y así voy

sepultando cada vez un rápido ensueño, para suspirar por el que ha de venir...

IV

Una tarde, una cualquiera,—ya no recuerdo la fecha—vi llegar á nuestra casa un viajero, casi un adolescente, muy pálido, muy fatigado y muy silencioso. Llegaba como una esperanza.

Desde luego su esfuerzo y trabajo debían establecer un medio de comunicación viable entre nuestra lejana mansión y la ciudad vecina: en seguida debía ser el agente del destino misterioso de cada cual, para dar un trabajo de estudio á mi ociosidad, y tratar de hacerlo descifrar el problema de un espíritu lleno de lo que en matemáticas se llamaría *incógnitas*...

Por otra parte la vocación de un escritor, ¿no se manifiesta siempre por esta

necesidad de tener el bosquejo de una intimidad, una curiosidad que satisfacer, una voluptuosidad completamente espiritual que gustar, un perfume de alma que respirar, ó un modelo que reproducir?... Este pensamiento no es mío: está en no sé qué libro de no sé qué escritor... pero pertenece á todos porque encierra una gran verdad.

A la primera pregunta aquel joven me hizo la impresión de un ser de verdad, sobrio de imaginación y cuya vida interior debía basarse principalmente en la rigidez de las matemáticas. Personificaba este pensamiento del viejo Shakespeare:

This above all: «to be thee own sélt true. And it will follow, as night follows day, that you will never be false to any man». (Hamlet).

Se callaba ó se encerraba en los límites del diálogo profesional: describía el camino y con un lápiz en la mano, hacía

el cálculo de la suma colosal de su empresa. Nos decía cómo todo era difícil en esa región de montañas, accidentada y peligrosa: pero la sobriedad de su palabra y el acento tranquilo é inalterable de su voz no habrían expresado jamás lo que revelaban sus infantiles facciones fatigadas, extenuadas, casi dolorosas por la larga travesía. Comía, sin embargo, con un espléndido apetito de 23 años, una sencilla comida preparada á prisa (eran las 9 de la noche). Sus huéspedes parecían serle perfectamente indiferentes; quería comer, descansar en seguida, y á las primeras luces del día iniciar sus trabajos... Comió, pues, se recogió á su habitación... pero al día siguiente lo encontré instalado sobre la *verandah* cerca del jardín, sufriendo los horrores de una temperatura de 30°, insoportable. No se hizo cuestión siquiera de abandonar la casa.

Para el que vive ya el Otoño de la vida hay un misterio conmovedor en la gracia singular que se desprende de la primavera humana. La juventud lleva en sí no sé qué encanto de simplicidad y de frescura que le es propio mientras dura, aun cuando el espíritu haya explorado mucho en los campos del pensamiento, y los estudios profesionales hayan hecho palidecer el rostro en veladas de árida labor y el corazón del hombre, perdida su virginidad, haya bebido en las fuentes ardientes de la pasión... Quedará siempre en la frente de la juventud «ese sello regio de un tiempo que aún no ha pasado», según la palabra de un poeta. Los ojos son claros, la mirada recta y simple, la frente nueva, sin líneas de preocupación... las manos con una fisonomía infantil en sus gestos; todo este conjunto de frescura seduce delicadamente, como seduce el botón de flor que

guarda todavía entre sus pétalos frescos y finos, la gota de rocío caída de los cielos.

Hablamos... hablamos de todo! Yo sembraba, él recogía. Cada cual quería penetrarse un tanto y estudiar al otro. Yo esperaba sus respuestas siempre breves y concluyentes como la verdad misma: él deseaba conocer mis impresiones y mi pensamiento... Pasamos por de pronto en revista nuestra sociedad tan estrecha, tan poco civilizada en el fondo, bien que lo parezca en sus hábitos recientes de lujo y de *confort*... Hablamos de la belleza y vigor de nuestra raza nueva, de nuestras mujeres, de nuestras jóvenes, del alma chilena, inteligente, generosa, grande, que contiene fatalmente todos los defectos inherentes á estas cualidades... de nuestros políticos, entre los cuales tan pocos se preocupan del bienestar y del engrandecimiento de la Nación...

Luego después nuestra conversación se hizo literaria y hablamos de nuestros autores favoritos—los franceses y los rusos—esas dos familias europeas tan diferentemente espléndidas... finos y exquisitos los franceses, profundos pensadores por momentos, de facultades superiores, tan extraordinariamente desarrolladas, y de carácter tan poco formado, falta de perseverancia, indócil á toda disciplina, de fuerza desigual por lo mismo que ella es más de esencia nerviosa que muscular... Y con todo esto, idealistas, entusiastas, irónicos, espiritualísimos, de graciosa fama, valerosos, ciegos en seguir a quien logre seducir su fantasía... excesivos en el bien como en el mal, soberbios de pasión y de extravío...

Y lo que encierra de extraño el alma rusa... Misterio vivo, hecho de las contradicciones más profundas, espíritus

que son verdaderos poemas de dolor; complicados, inquietos, misteriosos y agitados... Tan seductores, sin embargo, porque sin duda hay un *bon enfant*, tierno y ardiente en el fondo de cada uno de ellos... ¿Quién comprenderá á la mujer rusa? Su fe heroica, su valor inconsciente, la tranquilidad de sus profundas é inquebrantables resoluciones... su silencio, su palidez que oculta la llama de su corazón... su sed de heroísmo y de abnegación en cualquiera causa, la exaltación de sus sentimientos y su fidelidad?...

Luego después fué la religión, pasión de verdad que agita el corazón humano... este clamor que desde millares de años sube de la tierra al cielo en demanda de luz y de consuelo... esa necesidad no saciada que experimentamos todos de algo superior á nosotros mismos... y á qué punto el cristianis-

mo con su moral pura, con su fuerza y sus inmortales esperanzas contiene todo lo que buscamos... la unidad y lo irremplazable. ¡Cómo encontrar sin él las viejas certidumbres que sostienen y deben para siempre sostener el pesado edificio de la vida, que sin ellas caería con mortal pesadumbre sobre la frente y sobre el corazón de la humanidad! ¡Cómo volver á encontrar el valor de vivir, tras las grandes crisis del dolor, sin esta religión que descubre al hombre todo un mundo nuevo, un mundo diferente creado por la fe, por la esperanza y por la inmortalidad que es una certidumbre...

Admito, sin embargo, que la paz del alma pueda ser á veces turbada por la duda; y en momentos difíciles, cuando la razón se extravía á los golpes de un dolor desesperado, por una rebelión absoluta, loca, que alcance los límites mismos de la negación... Pero es también ver-

dad que las palabras que el Cristo pronunciara en un día lejano, acaso demasiado lejano!... si nos son arrancadas del fondo de nuestra alma, no nos queda nada...! Nada, sino la loca agitación de la humanidad en una noche profunda y la marcha desesperada de innumerables larvas hacia la muerte...

V

Yo sembraba, él recogía siempre. Yo por mi parte buscando como sorprender un cambio en su fisonomía; pero aquella juventud tenía de tal modo el hábito del perfecto dominio de sí, que permanecía impenetrable, fría, correcta, sin un pliegue. Le bastaba mirarme muy fijamente, y cuando yo cesaba de hablar, esperando su respuesta que no venía, él discurría sobre la imposibilidad de trabajar con una temperatura semejante, porque, de-

cía, ningún ayudante aceptaría llevar sus instrumentos que estaban ya prontos sin embargo... Nunca una pregunta; pocas y breves respuestas: su conversación trataba especialmente de observaciones generales, cuya profundidad llamaba poderosamente mi atención. Por gran azar supe que su padre era un personaje altamente colocado en el mundo político, científico y literario, habiendo servido también á la República como hábil diplomático. Su hijo había heredado sin duda la pasión de las letras, porque leía, leía mucho, muy bien, muy profundamente, y con esa especie de avidez del que busca en la marcha de un suceso ficticio é imaginado algo que faltara en la realidad de su vida, á la economía ó á la armonía de su ser moral. Recorría á Bourget, en cuya obra quería seguir á veces su propia imagen y acaso su destino, en la figura interna del héroe... *Le Disciple* lo atraía

especialmente con aquel profundo y obscuro problema de fisiología y psicología tan poderosamente desarrollado..... Pero estábamos de acuerdo en considerar que la única maestría de Bourget está en sus *Essais de psychologie*; como novelista, es indudable que decae por el solo hecho de que la superioridad de su concepto, y su análisis sutil y penetrante se vulgarizan al demostrarse su trama ordinaria.

Sin embargo, pensábamos con justicia que Bourget ha permanecido siempre el mismo, renovándose continuamente y explicábamos esta paradoja, recordando su obra desde sus comienzos. Eran confesiones en las cuales se analizaba con lamentos, mórbidas sensibilidades, é infinitas complicaciones. Bourget más de una vez había atacado los nervios de sus lectores con su lenta exposición y sus interminables divagaciones...

«Tiene Ud. razón al preferir en la obra de este *dilettante* sus *Essais psychologiques*. Bourget, agradecido discípulo de grandes maestros como Stendhal, Taine, Flaubert, no sólo los comprendió hondamente, sino que aumentó y completó en sus obras el pensamiento de esos magníficos exploradores del alma humana... Yo, como mujer, estoy agradecida á Bourget, créalo Ud., porque nadie como él sabe dar importancia á todos los actos de nuestra vida interior y exterior. Luego Ud. puede ver que Bourget posee un alma cosmopolita que ha adquirido en sus numerosos viajes: y aunque muy francés por su inclinación al análisis psicológico, necesariamente agrada al extranjero. Todos encontramos en él á un amigo, y cada uno de sus libros parece ser dirigido á cada uno de nosotros...

—«Y qué me dice Ud. de su cristia-

nismo?... preguntó el joven no sin cierta ironía...

—«Oh! yo me lo explico fácilmente, le respondí. Bourget, como tantos otros, á medida que ha penetrado la vida y la ha juzgado, prefiere por instinto las virtudes que forman el ideal *cristiano*. Ignoro si Bourget llega en su evolución hasta las alturas de la fe: pero en todo caso vemos que su obra, especialmente en la última etapa, está penetrada de una inmensa piedad, de un gran deseo de mejoramiento humano, y de ese sentimiento de *fraternidad* que es el fondo mismo de la moral cristiana...

—«Pero un cristiano no tiene derecho de elegir, señora, y á mi juicio Bourget ha tomado la moral cristiana, dejando á un lado la fe... Esto es al menos lo que creo á través de sus pensamientos expresados tan admirablemente...

—«Acaso así sea, díje yo: su reproche

de Ud. adolece de severidad, sin que por esto me disguste: yo también se lo he hecho más de una vez, sintiendo cierto fondo débil y movedizo entre las líneas de este moralista. Pero hemos de considerar que nadie es dueño de creer ó no creer... así como todos lo somos de practicar el bien á cada momento de la vida. La moral *cristiana* dirige *todavía* no sólo al individuo que alejado del dogma, obedece á las prescripciones que de él se desprenden, sino que dirige al mundo que en conjunto puede tal vez carecer de fe, pero que aún no sabe encontrar otro ideal del *Bien* verdadero sino en el ideal cristiano...»

Sonreía ante Mœterlinck, admirando, sin embargo, fervientemente su estilo y la aguda penetración de ese místico...

—«Qué piensa Ud. sobre este *educador de abejas*, que pretende restituir á la vida humana su carácter misterioso, de-

cía; porque es indudable que ese es positivamente el rol de su arte..... A su graciosa filosofía, se une una ética especial, puesto que ella modifica la situación del alma respecto á las cosas y las relaciones de las almas entre sí...

—«La filosofía de ese *apicultor* que despierta las ironías de Ud. me conmueve de un modo extraño, sintiendo sin embargo que hay un abismo entre esta filosofía y la que enseña al hombre á vivir y á morir, dije yo con timidez, creyendo que era un pensamiento demasiado terminante, sobre un sujeto que podía considerarse todavía bajo muchos otros aspectos. Mœterlinck es acaso un filósofo penetrante y dulce; pero su sistema no es verdadero porque en él no interviene lo sobrenatural. Allí no se trata de la vida futura... Mœterlinck es un encantador, un hechicero, pero su obra no vivirá: está destinada á perecer como

todas aquellas que no tienen por fin la perfectibilidad, la *superiorización* del ser humano.

—«Yo leo mucho á Blasco-Ibáñez, dijo, como si quisiera deshacerse de una emoción súbita é importuna. Admiro sus poderosos pensamientos y el valor que ha manifestado al salvar los límites de una tradición ciega que encadena *aparentemente* á España. Los temas de su obra en general, pueden ser nulos, si Ud. quiere; pero se encuentra en esas páginas tal ardor en la defensa de su idea tésica, siempre una idea de progreso ó de humanitarismo, que es imposible substraerse á una profunda impresión...

—«Convengo que Blasco-Ibáñez sea uno de los primeros escritores españoles de la época presente, y cedo á la admiración que despierta su estilo, cuya fuerza descriptiva es una verdadera potencia; pero Blasco es demasiado brutal en la

forma que emplea para conseguir sus fines de propaganda. Lo que convence á los hombres, á la multitud humana, no serán jamás esos cuadros concebidos en la exageración del odio; y Blasco odia y se burla con crueldad... Blasco hiere todos los restos de delicadeza que el espíritu pueda aún conservar... Blasco ha sobrepasado los prejuicios modernos del alma española; se burla con demasiado atrevimiento, con crudeza brutal de lo sagrado y de lo sobrenatural... dos alas que no se sabría arrancar al alma humana sin precipitarla á una mortal caída...

Pero nuestro joven huésped hablaba con tal entusiasmo de este hombre, cuyas audaces lucubraciones ocultaban un deseo acaso ficticio, un *sport* económico de igualdad que, poco á poco, y por mil medios de diplomacia llegué con mis preguntas á obtener la clave del enigma;

aquel joven perseguía con todo el ardor de su espíritu y de su corazón un ideal de socialismo.

Exigía la igualdad... lamentaba y su voz tomaba tonalidades profundas cuando discurría, siempre sobriamente y con una calma que me desconcertaba, las injusticias de la suerte, la crueldad sorda y ciega que deja caer sus largas alas negras sobre el obrero... y hablaba con amargura de esa fortuna estúpida que extiende un velo de oro por sobre la cabeza de los ricos á fin de proteger su vida contra los asaltos de la negra fatalidad...

— «¿Por qué estas diferencias? y se extremecía de indignación. Y no me diga Ud., proseguía, que después de la muerte el destino haya de ser dulce y clemente con los que en la vida fueron sus víctimas de elección... Después de la muerte no hay nada... Yo lo siento,

yo lo sé! El alma inmortal no existe! Somos hoy, y no seremos mañana... La inmortalidad es el recuerdo precioso que guardamos de nuestros muertos, que la Patria conserva de sus héroes; es el duelo inconsolable de la madre que llora á su hijo desaparecido, de esa hija que hace temblar mi corazón cuando habla de su padre muerto... Pero el alma, ¿qué es?... Es una necesidad orgullosa creada por aquellos que no se resignan á perecer completamente. ¡El alma! qué quimera!... Y un recién nacido, ¿dónde está su alma? y el ebrio? y el loco?... Y si Ud. me dice que el alma es eterna ¿cómo puede suceder que haya comenzado con nuestra vida?... Si es infinita, no debe tener principio puesto que no tiene fin... ¡Oh el alma!... y lo demás...! La religión, su Dios, sus ministros... ¿cómo me suena falso, cómo son humanos, cómo me aparecen

despiadados y olvidados de sus creaciones!...

— «Quisiera, prosiguió, con una especie de melancolía, y como obedeciendo á un llamado interno, admitir la posibilidad de un alma tal como Ud. la concibe... Pero entonces que fuera universal, igual para todos... Ud. cree en el alma, Ud. afirma que el alma es inmortal, libre y responsable de sus actos... Ud. afirma que no puede haber vida sin alma, ni alma sin vida?... entonces yo quiero admitir para mi perro, un fiel amigo que me aguarda allá lejos, un alma de esencia semejante á la nuestra... ¿Por qué la ciega injusticia habría querido dar á todos los humanos un elemento que nos hace inmortales, y á la vez haberlo negado á estas pobres creaturas, que tienen sin embargo, nuestra misma estructura; que nacen, viven, sufren, gozan y mueren como nosotros, *idénticamente?*...

— «Si una diferencia existe entre sus manifestaciones y las nuestras, es una diferencia de *cantidad* y no de *calidad*... Quiero decir, señora, que ellas no son diferentes de las nuestras sino inferiores, en cierto sentido. Si nosotros vivimos porque poseemos un alma, todos los seres vivos deben necesariamente poseer la suya: la identidad de los efectos, admite y no excluye la identidad de las causas...

— «Pero, perfectamente, repliqué... estamos de acuerdo. Los seres viven porque tienen un alma..... Sólo que esa alma es diferente de la nuestra puesto que muere con la muerte del cuerpo...

— «Una diversidad en las almas... como si dijéramos una diferencia entre especies idénticas y perfectas, respondió él en voz baja, y con una pálida sonrisa...

— «Pero, en fin, ¿qué somos *nosotros*?

pregunté, sintiendo que mis pupilas se humedecían con un amargo y doloroso llanto, ¿de dónde venimos? ¿á dónde vamos? De un misterio á otro misterio... De Dios á Dios! así quiero creerlo, al menos!...

— «Esa respuesta no tiene sino cuatro siglos, señora, dijo él y fué Lutero quien la dió al mundo, que preguntaba desde las viejas edades: «¿*De dónde venimos y á dónde vamos?*», con la misma angustia que hace temblar la voz de Ud...

— «Pero ¿por qué temblar prosiguió: no necesitamos saber nada fuera de aquello que por sí mismo se descubre ó se impone á nuestra inteligencia? Nunca sentí esta inquietud, ese atractivo del misterio que seduce generalmente á las jóvenes curiosidades... Por lo demás, no hay misterio en nuestro origen. Venimos naturalmente de nuestro padre y de nuestra madre, como la flor viene de

la planta, para transformarse ella misma en planta y producir otras flores... ¿Qué á donde vamos?... no necesito saberlo, ni Ud. tampoco, ni nadie. Esa certidumbre no es necesaria á la economía de nuestro ser moral... Y es justamente por no serlo que permanece indefinida é incierta. Lo que *yo sé* me basta para vivir feliz y tranquilo: puedo leer, sé pensar por mí mismo... mis potencias emotivas me permiten sentir... y por fin, he encontrado en la práctica del trabajo en la obra de la igualdad humana, la verdad, la base de mi vida. Trabajaré en esta obra, y cuando yo no sea, otros vendrán después de mí que han de tener medios superiores de éxito que el progreso les reserva... Y yo habré pasado, miserable gota de un océano sin límites...

— «Oh! decía otras veces, cuando nuestro diálogo nos conducía por senderos

más risueños, yo adoro la música! no sé expresar mis sensaciones, pero sé vibrar y llorar ante una de esas creaciones de los Antiguos Maestros... del príncipe de la música, Beethoven, que hace temblar mis nervios y hervir mi sangre... Como Ud. puede observar, Beethoven en su obra no se ha ceñido á la constitución específica, ni ha dado á sus creaciones un sello invariable, como otros maestros. El ha elegido libremente entre todas las formas musicales y bajo su inspiración todas se han engrandecido y elevado. Su tonalidad es más independiente, más libre, más genial que la de Haydn ó Mozart...

«Qué maravillosa potencia sociológica lleva consigo el arte en general, y la música que es el más sutil de todos particularmente!...

— «Ud. conoce tal vez la obra del filósofo Guyau, sobre este asunto? Si mal no recuerdo, Guyau sostiene que el Arte no

es nada si no consigue reunir á la sombra de sus alas, á la Humanidad y si no logra hacerle sensible la armonía que existe entre los humanos y la que existe también entre la Humanidad y el Kosmos...

— «Oh sí, recuerdo ahora á Guyau en su definición del Genio Artístico, dijo el joven con entusiasmo: el Genio Artístico es una forma extraordinariamente intensa de la simpatía y de la sociabilidad, que no puede satisfacerse sino creando un mundo nuevo. El Genio es una Potencia de Amor que, como todo amor verdadero, tiende enérgicamente á la fecundidad y á la creacion de la vida... Beethoven queda en mi concepto como la encarnación del Genio...

— «Y el maestro noruego, ese bueno y querido Grieg... Qué dulce, qué sereno y qué puro es en sus concepciones. Ud. conoce sus *Lieder* que son sin duda de su obra entera la parte más intere-

sante. Ellas revelan el temperamento moral del maestro y nos traen las mismas sensaciones que produce la contemplación de esa Naturaleza del Norte, riente, bella y tranquila. Grieg concentra en muy breves frases un pensamiento, un sentimiento ó una pasión. Melancólicas y penetrantes, cada una es la queja de un recuerdo, de una pesadumbre ó de una esperanza, Ud. conoce «*la Mort d'Ase*» de la serie de *Peer Gynt*! Es divino, con una *d* minúscula, prosiguió riendo como un niño... Y es justamente de su belleza, hecha de esa vieja sencillez pagana, que es la forma única de la belleza verdadera... sin complicaciones atormentadoras, tranquila, serena, sin inquietud, sin agitaciones...

«¿Historias de amor? ¿Aventuras de mujer? Apenas una vez tuve algo que calificaría de *bosquejo débil*...! Era una artista, una verdadera y bellísima actriz

italiana, y en memoria suya tengo siempre conmigo un *Caccia* y una Divina Comedia, para hacer vibrar de nuevo en mi oído su suave acento en esa lengua admirable. Si la amo?... ¿Qué es el amor? Es el miraje de la Naturaleza que busca el medio de cumplir sus leyes... que son leyes eternas... ¿Sabe Ud. algo sobre el amor, señora? Yo me inclino á creer que sucede con él lo que con la aparición de los espíritus: todo el mundo habla de ellos... y nadie los ha visto...»

—«El amor, respondí, sonriéndome á este curioso concepto comparativo, «es un fluido misterioso, que toma la forma de cada alma y aparece á la superficie según es la esencia del organismo espiritual que visita... Para Ud. el amor será siempre el miraje de la Naturaleza quién lo nombrará agente de sus leyes. Para mí, para la generalidad de los humanos, el amor es lo que constituye

nuestra vida... y á las veces, lo que la destruye...

—«Complicaciones latinas, dijo él... todo eso es místico, enfermizo...

V

—«Y sin embargo», proseguía, cruzando sus manos nerviosas y finas sobre su frente... «Yo comprendo y deseo la influencia de una mujer en mi vida, esta influencia nos es necesaria á nosotros los jóvenes; porque la mujer nos representa lo ideal, lo puro, lo delicado... Algo de alado y ligero que pasa por sobre nuestra vida como la brisa sobre los jardines. Y esa mujer debe ser otra que la Madre;... la edad madura no comprende bien á la juventud.

—«Y qué tipo de mujer persigue el ensueño de Ud.», pregunté curiosamente... (No olvidaré jamás su respuesta,

hecha con una seriedad y una sinceridad que me revelaron la perfecta salud de su joven naturaleza moral).

— «Ella deberá ser muy rubia», dijo entornando los ojos acaso para percibir mejor una imagen que acariciaba ya como la pura compañera soñada... «Con un corto vestido azul obscuro, una blusa blanca muy sencilla, con cuello y puños muy rígidos... las manos pequeñas y finas, los dedos muy delgados, donde el anillo nupcial brille muy ancho: una cintura flexible y fina, piés diminutos... y en los ojos la admiración de la inocencia que se maravilla, con una chispa de malicia y de *esprit* en su claro fondo. Esto para lo exterior... y por lo demás, yo la deseo recta y pura como un lirio. Ella me esperará trabajando á la luz de una lámpara tamizada por un *abat-jour* rosa pálido... Tendría mi casa en un orden de arte y de hermosura... una mujer

sin las complicaciones de lo divino, que en la noche tocase para mí, sobriamente, tranquilamente, *La mort d'Ase*, una muerte que no encierra ninguna amargura.... y otros trozos de Grieg, mientras el sueño inevitable, invencible, descendiese sobre nosotros como un gran reposo...

«Mi gran placer, mi único vicio es el sueño, agregó riendo infantilmente. No lo llamaré *consolador*, porque yo no he sufrido ni siquiera sé lo que es; pero tengo la intuición, puesto que respiro la atmósfera del mundo en que se sufre y que he visto á mis obreros, á los que trabajan, tostados por el sol y que ganan apenas un salario que les permite una agonía lenta antes de entrar en el abismo negro...

«Oh! no me diga Ud. que son justas ó equitativas ó necesarias á la armonía del mundo moral estas desigualdades en el destino; ó que ellas nacen naturalmen-

te como Ud. lo cree de una diferencia de la mentalidad. Es esa por lo demás una solución que no nos dice nada. Yo me desespero buscando, adivinando lo que puede haber de misterioso en todo este problema humano..... y no encuentro nada! No llego en mi esfuerzo, sino á constatar la injusticia, la terrible injusticia que envuelve con un manto de tinieblas á ciertas existencias. ¿Por qué ese que se llama A, nace á la vida rodeado y colmado de todas las felicidades, de toda la riqueza, mientras que ese otro que se llama B, abre por vez primera sus ojos sobre la miseria y siente todas las necesidades dolorosas de la existencia? Por qué ese otro es perseguido por una sombra de infelicidad y de fatalidad y aquél goza ampliamente de la vida que le otorga sus favores con ciega munificencia?

«He visto hombres, familias enteras, perecer moral y materialmente bajo la

acción de la miseria, mientras que los otros (y su voz se hacía temblorosa, muy baja) pasean ostentosamente, se divierten, gozan de la vida no teniendo necesidad ni de esfuerzo ni de trabajo para llevar un tren elegante y cómodo, arrojando á manos llenas para el placer y el vicio, el dinero que habría podido salvar á tantas familias de la miseria y de la muerte!

«Pero el mundo marcha, agregaba vibrante! el mundo marcha hacia la igualdad, y Ud. ve que ya el obrero ha obtenido el socorro de las leyes; el Estado alemán se ha dignado atender la infinita justicia de sus reclamaciones, y he aquí que se limita las horas de trabajo, y que se le retribuye más abundantemente.»

Cada acento de aquella alma joven me conmovían extrañamente; me parecía oír por la voz de este adolescente la exhalación unánime de los corazones y

de los cerebros de toda la generación nueva. Parecíame que el ruido ligero de estos diálogos de dos criaturas perdidas en medio de una campiña desierta, habría de traducirse bien pronto en una espantosa revolución. Que este joven era una chispa del incendio que debía destruir con la fuerza de su llama interna, todo lo que hasta ahora había hecho vibrar nuestros viejos corazones; la idea de Dios, de la inmortalidad del alma, la respuesta eterna de justicia y de equidad á la eterna y angustiosa pregunta de los espíritus ante el problema indescifrable de las diferencias... veía como en dolorosa visión destruirse, romperse la armonía del mundo moral, creada, y sostenida justamente por esas diferencias. Yo había orientado mi mentalidad hacia los reposadores principios de la dulce y tranquila filosofía de Hégel que explica de que manera cada *accidente* es neces-

rio al gran todo; y había basado mi vida de cristiana en la idea de una grande y absoluta resignación entre los brazos de una Providencia infinitamente superior á toda concepción humana de sabiduría y de perfección.

Creía yo también que la igualdad entre los hombres debía producirse, no á sangre y fuego, ni por medio del robo y del despojo, sino poco á poco, y bajo la acción salvadora de la caridad divina predicada por el Cristo; que los grandes, los poderosos y los ricos debían aproximarse, obedeciendo á una ley de justicia nacida y dictada en su propio espíritu, á los vencidos, á los desheredados; que debían derramar, que todos debíamos repartir los beneficios de nuestra fortuna, y de nuestra inteligencia, entre los que tenían hambre y sed de justicia y de equidad. Pero en el fondo de mi espíritu, todas mis reflexiones nacían del Evangelio;

todas las fuerzas de mi ser me conducían á esa verdad única, y llegaba á explicarme las diferencias que, á pesar del humano esfuerzo existirían *siempre*, recordando aquella palabra pronunciada por el jóven profeta de Nazareth:

«No se enciende una lámpara con el objeto de ocultarla, sino para colocarla en un alto candelero, á fin de que ilumine á todos los que habitan la mansión».

Recordaba la vieja religión boudhista resuelta toda entera en este pensamiento de aceptación, de resignación ante las *apariencias* que demarcan las diferencias humanas. «No hay en verdad ni ricos ni pobres, ni dèsheredados ni poderosos, ni grandes ni pequeños: oh Boudha! somos todos hijos tuyos, obreros tuyos que sufrimos cada cual su oculto dolor: nada sabemos, somos como el niño recién nacido... Pero tú percibes el conjunto admirable que formamos todos iguales

ante tu Ojo inmenso... Y así como en la Naturaleza, la alta montaña y el valle sombrío no son uno superior al otro, porque hayan sido colocados por tí en diferente esfera; y no forman en su diferencia sino una sola armonía; así también los humanos aquí abajo somos tus pequeños obreros, oh Boudha! que caminamos hacia tí, que trabajamos armoniosamente por tu voluntad en una obra que nos es desconocida...»

Y yo pensaba que toda religión que enseña al hombre la resignación y el conocimiento de un ser Supremo como causa prima de su ser, era santa y digna de amor...

VI

«Algunos escritores modernos, alteran en su obra la paz de las almas y de las conciencias tomando en apasionada y cie-

ga forma la causa de los humildes contra los poderosos. Pero es necesario confesar que en toda sociedad que funcione ordenadamente, hay una cabeza que manda, y miembros que obedecen... Nada puede marchar cuando la cabeza desaparece. El progreso mismo del mundo exige la igualdad, el olvido de la personalidad propia en beneficio de la comunidad; y este simple olvido constituye justamente la fuerza de un pueblo, de un continente... de un planeta... Pero el programa igualitario de Ud. propagado á sangre y fuego, es un crimen cruel y absurdo... Los únicos acontecimientos que se producen con duración y resultado, son aquellos cuya elaboración se efectúa poco á poco... Oh! cuanto deseo para Ud. un rayo de luz y de amor, añadí yo, llena de profunda emoción y de piedad infinita...»

—«Todo eso va á proporcionármelo

en este momento mismo la música», respondió levantándose con rápido ademán, como para arrojar de sí una obsesión. «¿Quiere Ud. cantar algunas de estas corales?» añadió abriendo un antiguo manuscrito musical en la cual la temblorosa mano de un viejo sacerdote amigo, ya desaparecido había transcrito una de las muy famosas corales de Lutero (1550), que nadie se atrevía á entonar en su vieja iglesia.

—«No! le respondí... Ud. no comprendería absolutamente esta página musical, que es un acto de humilde adoración... Su suave murmullo repite que el hombre nada es, para que su Dios se digne visitarle» ... «Yo cantaba esto para mi padre», añadí, sintiendo que una onda de tristeza ahogaba mi corazón. «En sus últimos tiempos, él se había hecho un hombre de silencio, y como si presintiese su fin y la cercanía de su Dios, repetía:

—Es cierto! nada es el hombre... Dios solo es grande!

—«Ud. preferirá ciertamente este *Aria modern Style*... Es algo muy de su gusto... algo *sin las complicaciones de lo divino*... le dije, no sin cierta ironía... Por lo demás, es una brisa del *fjörd*, un momento musical de su querido Grieg, que dice así:

Y canté aquella divina *Lied* del consejo, en la cual se sigue el paseo de dos amigos á la vista del *fjörd* sereno:

«Deja, amigo mío, deja tu consejo: vamos... esa blanca barca nos espera para que nuestras almas contemplen la belleza del *fjörd*, en un éxtasis... Mira ese cielo! Ese verdor casi negro! Esas nieves que han sido y serán siempre... Oye las voces del silencio. Deja, amigo, tu consejo, que sólo sirve para la vida exterior... Pero aquí, ante esta naturaleza ¿qué puedo desear?... Llevo en

mí, el reflejo de su luz, de su belleza, de su paz...!

.....

.....

.....

— «Es una verdad, dijo el joven después de un largo silencio, que ninguna decoración, ni movimiento de escenario, ni exterioridad alguna, podrá igualar jamás al interno espectáculo que nos da la música... El teatro verdadero lo llevamos en nosotros mismos, y acaso vendrá un día en que este sea el único...»

— «Sin duda, repliqué, y la razón es muy sencilla: pedimos hoy día á la música sensaciones tan refinadas, tan exquisitas, un placer tan complejo y á la vez tan delicado, que el menor choque entre la realidad y la materia, sería fatal al ligero edificio de nuestros sutiles goces.....
«He observado, sin embargo, añadí, que

la generalidad de las gentes experimentan por la música más pasión que consideración, y más *gusto* que estimación... lo que no me parece equitativo, pues ella exige un rango alto en las *inteligencias* lo mismo que en la sensibilidad humana... ¿No lo cree Ud. así?»

«La música es un arte profundamente accesible, dijo él: la hay trivial y vulgarísima cuando se propone vulgarizar lo que la realidad contiene de superficial, de mediocre ó despreciable... Diría que como la literatura, la música tiene su *folletín*, de á tanto la página... Pero el arte musical de hoy día, ha alcanzado á tal altura intelectual, que ya no expresa la forma visible, sino la esencia metafísica del mundo...

«Oh! qué verdadero es todo eso: la música está asociada á cuanto hay de intenso y de noble en el alma humana... ¿Recuerda Ud. los conceptos de

Nietzsche sobre lo que él llamó espíritu aéreo? Y Carlyle, el suavísimo y misterioso Carlyle dice «que la música es un pensamiento hablado por un espíritu que penetra al corazón de la cosa misma... una palabra inarticulada é insondable que nos lleva al borde de lo Infinito y nos permite contemplarle por breves instantes...»

— «Pero siempre he creído, proseguí, que cuando la humanidad se lamenta de su eterno é incurable dolor y que un peregrino pasa... se detiene y canta; aunque ese peregrino se llame Beethoven, Wagner, Mozart, Grieg, Bach ó Palestrina, no será adorado sino traduce en sus cantos el dolor, el amor, el goce, todo lo que constituye, en fin, la esencia de la humanidad...

Un trabajo se hacía entretanto en las obscuridades de mi ser, al correr el tiempo: una especie de angustia oprimía mi corazón... Pensaba en la hora de la prueba dolorosa que esperaba á aquel jóven, como á toda creatura humana en los umbrales de la vida. Lo veía solo é indefenso... Solo ante la ciencia árida y fría: solo, llorando á sus muertos, sin un rayo de esperanza en su alma. Solo y desesperado por la traición de algun amigo ó de alguna mujer *«que no tuviera las complicaciones de lo divino»*... Solo siempre, porque el hombre está solo y nada es, cuando no apoya su inteligencia y sus potencias afectivas en la idea de la inmortalidad.

Lo veía avanzar, y con él á tantos otros de su generación, por el camino de la vida que abría ante él una puerta de oro... y sentía, por las ideas que me manifestaba, y por la expresión de

estas ideas, que él poseía un alma apasionada, fuerte, recta y pura; un alma hecha para todo lo que hay de grande en esta esfera del Universo donde el hombre vive y puede actuar. Él era sensible á la belleza, al lujo, al refinamiento de la mesa, al espectáculo de la naturaleza, á la influencia del arte... «Pero», decía, «yo no me pertenezco; me debo por entero á mis obligaciones y dejo caer como un vestido ya inútil esas tendencias á la vanidad que, con desagrado observo innatas en mi ser íntimo... Por lo demás, siento tan claramente que todo eso no es necesario! Y yo no deseo admitir en mi vida lo *accesorio*... ¿Usted recuerda aquella palabra de Voltaire sobre eso?...

—«¡Ah Voltaire! Supongo que aseguraría que lo más *necesario* en la vida es lo *accesorio*, respondíle: pero tal como yo lo comprendo á Ud. creo que no en-

contrará Ud. agradable la sociedad de ese gran irónico?... *Diseur de bons mots, mauvais caractère*»...

—«Tiene Ud. perfecta razón: admiro su genio, pero detesto su carácter que siempre encontré rastrero y falso. Si debemos creer al místico Spinoza, Voltaire no sería sino el producto *fatal* de su época, puesto que el filósofo holandés dice que «*el carácter es un teorema cuyo medio hace producirse las consecuencias con matemática necesidad*» Y en efecto, el siglo XVII ha sido denominado por los historiadores el siglo gracioso, nervioso, fino... y falso!»

—«Oh! yo no admito que pueda asimilarse la evolución de los seres inteligentes á la de mecanismos regidos por la ciega geometría, respondí yo: puesto que existe en el carácter humano un elemento de orden superior, nuevo y original que se llama *la conciencia*...»

—O el instinto, replicó él vivamente, «esa voz admirable que conduce al hombre á su *verdadero* deber: es únicamente el que no obedece á ese acento que puede considerarse perdido para siempre. ¡Cuán misterioso es todo en este orden de ideas, prosiguió, como hablándose á sí mismo... «y que sábia es la naturaleza... Sólomente que se la complica demasiado, y no se la escucha bastante...»

—«Oh no hable Ud. así», dije yo con cierto calor. «No puede Ud. sostener *con razones* que sea una sabiduría el que el hombre siga ciegamente la voz de la naturaleza. Y en cuanto á que ella conduzca al hombre á su verdadero deber... oh! cuántas veces nos encontramos todos en lucha abierta y desgarradora entre lo que conocemos ser nuestro *deber* y la inclinación perversa de esa parte oscura

de nuestro ser que nos traiciona en ocasiones tan terriblemente...»

—«Traicionar! repitió el jóven con amargura. ¿No ve Ud. como el sentimiento religioso complica y trae desgracia y turbación?... Cada cual lleva en sí mismo una noción, perfecta en su *dosis*, de lo que es justo, recto y verdadero. La razón humana puede extraviarse momentáneamente, así como el cuerpo del hombre se siente á veces turbado en su marcha normal, por accidentes oscuros que por lo demás obedecen á leyes siempre respetables en su misteriosa esencia. Creo, pues, que así como la naturaleza física, vuelve por sí misma y en fuerza de un movimiento que *debe* producirse, á tomar su camino; del mismo modo la naturaleza moral sigue, aún en sus interrupciones aparentes, una vía señalada, que es la suya propia, y en la

cual esas interrupciones eran necesarias hasta un cierto momento, para cesar *por sí mismas* también, una vez que cesase la causa que las produjo. ¡Traiciones!... qué tormentosa debe ser la vida con tales pensamientos, y como es cruel esta forma de religión para la delicadeza y bondad *del alma* femeninal... Ya ve Ud. que estoy hablando su lenguaje... añadió riendo. Seriamente, señora, siento profunda piedad por los que piensan como Ud. y créame que le deseo ardientemente algo de la gran tranquilidad pagana que yo experimento...

...—«Y que yo no admito, porque sospecho que es sólo aparente y acaso de muy corta duración, dije yo. Esa tranquilidad de Ud. cederá á mil cosas... Desde luego, Ud. perderá algo de su hermosa tranquilidad á la hora *del' Incantésimo*, como dice d'Annunzio al hablar del Amor...»

—«¿Y por qué? Acaso entra en mi pensamiento la consideración del Amor como acción disolvente y destructora, ejercida sobre el individuo por un principio elementario, general y continuo como la muerte? Ud. sabe mi teoría sobre el Amor, y creo que dejando aparte todas las ficciones, es esa la única aceptable. *L'Incantésimo* será para mi una hora de suave delicia... pero mi tranquilidad no será turbada por un acontecimiento tan *natural*. Debo reir de buena gana», añadió, después de un instante de silencio, durante el cual me apareció, á pesar suyo, inquieto y alterado «cuando oigo á mi alrededor hablar sobre la *eternidad* de un sentimiento... Ah! nosotros pobres humanos, somos sin duda lo menos eterno que hay en la creación. Eternas son las olas del mar, la vegetación de las montañas, las nieves de las cumbres... ¡pero el hombre!...»

—«Deja de serlo sin duda cuando quiere vivir para sí mismo y que se precia de encarnar en sí el mundo entero: pero el hombre es eterno, considerado en conjunto; el hombre en la masa mundial, es eterno porque no se ha marcado ni la hora de su principio ni la de su fin...

—«Todo eso es del más puro Wagner ¿lo sabe Ud?»

—«En efecto, esos son los pensamientos de ese gran filósofo, músico-pensador, á quien yo llamo El Redentor. El no es otra cosa que la encarnación musical de un conocimiento de nuestros secretos interiores. *«Poeta del sonido, Wagner ha sido en la vida humana un misterio que se transformó en ciencia libertadora...»*

—¿Usted estudia mucho en Wagner?

—«Sí; mi maestro de armonía que fué el sabio profesor Harthan me enseñó á

acoger su música como la expresión más augusta de eso que los artistas llaman la *Sinfonía Universal*. Wagner me descubrió por otra parte, que los iniciados debemos acoger en nosotros la música eterna de las cosas y fundirlas dentro del alma nuestra, en una sola unidad, en un elemento solo. Deberíamos inclinar-nos sobre el corazón de la Tierra y prestar el oído á sus latidos... Allí confluyen las grandes armonías: todos los rayos del sol que jamás se ocultan, y los ensueños que aún no han nacido, y la alegre belleza de las flores, la melancolía del Otoño, la languidez de los ríos y el silencio de las nubes... Todo eso es la música... y todo eso lo ha encerrado Wagner en su obra. La gran melopea del mundo resuena en ella...»

„El tiempo pasaba, el verano se anunció quemante, asolador, y la campiña

perdía cada día un resto del verde color de las esperanzas para tomar la tonalidad madura y tostada de la realidad de las cosechas. Todo marchaba bien á nuestro alrededor; la tierra, generosa como una gran dama, hacía rendir al céntuplo lo que se le había confiado. Las mismas horas nos reunían y nos separaban... El sofocante calor nos obligaba á tomar nuestras comidas en el parque, bajo grandes naranjos pintados de oro, donde soplaban una dulce brisa fresca, saturada de perfumes y de paz. El día domingo, á las diez de la mañana, sonaba la gran campana de una de las torres, y un corto servicio religioso nos reunía en el gran salón de la casa; á este servicio asistían también los empleados superiores: contador, *chef*, mayordomos y doncellas de servicio, agregándose también tímidamente algunos niños con quienes yo entonaba el himno inicial. Era una coral

de voces unísonas... de un solo color. Jamás aquellas orejitas habrían logrado sostener la dificultad de las voces auxiliares.

En el fondo de la sala se alzaba una especie de Altar—*El Iconostasse*—según decía nuestro huésped—cubierto de nubes de blanca seda. Un gran crucifijo de ébano bajo el Señor blanco, exangüe... cuya faz dolorosa temblaba á la luz de las lámparas. Algo más abajo una Madona copiada de Murillo, sonreía entre ángeles; en el éxtasis de sus glorias...

Después del himno 91

«Hay una morada llena de luz...
Cuyo cielo está siempre brillante,
Porque lo ilumina el Salvador;
Si sufrimos con paciencia
La pesada carga de la Cruz
Seremos colocados entre los puros, entre los grandes,
Y los felices
Y los felices!..
En la patria de la dicha sin fin...»

CHOR

LUTHER (1550)

Es gibt ein son ni - ges

The first system of the chorale is written for two voices (Soprano and Bass) in G major (one sharp). The melody is in the soprano part, and the bass part provides harmonic support. The lyrics are 'Es gibt ein son ni - ges'.

heim Das ewig glänzt

The second system of the chorale continues the melody and harmony. The lyrics are 'heim Das ewig glänzt'. The notation includes a dotted line at the bottom of the system.

Una breve oración al Señor doloroso, á la Virgen Plácida y feliz; un piadoso recuerdo al alma de nuestros muertos bien amados, cuya imagen pendía á ambos lados del altar. Y luego la señal de la Cruz sobre el final de nuestra oración común.

—«Cuán conmovedoras son todas estas ceremonias en su sencillez y siempre que sean inspiradas por un movimiento interno de sinceridad», dijo nuestro amigo .. —«Pero ¿quién oirá la oración? El hombre nace solo, vive solo y muere solo; la justicia le sigue únicamente... ¿A quién orar? Es necesario hacerlo á sí mismo por medio de las buenas obras .. Este pensamiento está en los tratados de Manou, el místico hijo de la India... Todo eso es verdadero y profundo... Y ¿cómo se hace que la oración de Uds. es tan breve? añadió como si hubiera deseado prolongar aquel momento de adoración...

— «Porque tenemos la certidumbre de ser oídos al primer acento de nuestra voz, respondíle con íntima emoción. No necesitamos ampliar más nuestro sentimiento, porque vivimos en una *Presencia* perpetua, que conoce y ve constantemente... Dígame, proseguí con ansioso acento, ¿tendría Ud. valor para decir á esa pobre gente que se une en un solo sentimiento de esperanza, creaturas de dolor y de tristeza, cuya vida es siempre penosa y dura; que esa morada de luz con que sueñan en sus aflicciones, no existe?... Y que esa visión de paz y de felicidad que vislumbran sus cansados ojos, y los hace olvidar momentáneamente su fatiga y su dolor, no será jamás una realidad?...

— «La verdad *pura*, lleva en sí misma un consuelo misterioso é inefable, respondió el jóven gravemente... Le pido

perdón, señora; estos himnos son de la liturgia católica?

—«Positivamente sí, le respondí: son en su mayor parte sacados de los magníficos salmos de David, el primer poeta cristiano»...

«¿El inventor del arpa? ¿El amigo del inventor de la melancolía?... dijo sonriendo. ¿Y la música?...

—«Es de Lutero, que fué un gran artista: Ud. no conoce tal vez su obra?... Algún día le recitaré sus palabras y le haré oír sus sencillas concepciones. Ud. sabe que Lutero fué el creador del moderno idioma alemán: anteriormente á su época, la Alemania no poseía un lenguaje unificado... Fué Lutero con las ediciones de su Biblia quien dió forma expresiva y única al pensamiento alemán...

—«¿Ve Ud. como lo divino complica las almas? me replicó completamente

ageno á mi disertación, y siguiendo un pensamiento que parecía serle doloroso.... Ud. misma está triste, lejana, misteriosa, absorta el día domingo y los otros en que hay oficio. Y le ruego observe Ud. que yo no he buscado este descubrimiento: es un hecho que se me ha impuesto por su propia fuerza...

—«Tiene Ud. razón, le expliqué: es un hecho real, esa especie de melancolía que se apodera del espíritu en oración; porque la oración es una celestial lumbré que ilumina nuestra alma y nuestro corazón, es decir, nuestra potencia intelectual y afectiva, y nos permite sentir toda la miseria de lo que nos rodea, nuestra propia nada, la vanidad de la vida, el mal que hacemos involuntariamente, el bien que dejamos de hacer, y la pobreza de nuestro amor...

—«Bienaventurados los pobres, dijo alguien en alguna parte... y debe ser

cierto, añadió riendo alegremente, porque yo no poseo nada sino un poco de felicidad...»

El tiempo pasaba, volaba siempre: entrábamos ya en el tercer mes de vida común; él pasaba días enteros en su trabajo, en medio de las montañas acompañado de dos criados que conducían sus instrumentos. En la tarde, hacía el crepúsculo, volvía extenuado de fatiga, en su caballo blanco de espuma. Hacía sus abluciones en el arroyo que atravesaba el fondo del parque, y en la noche, después de la comida, hacía música y conversábamos siempre tanto! Alguna vez sentí la mano dura de una pesadumbre oprimir mi corazón. Pensaba continuamente en hablarlo... en obligarle á hacerme una promesa... cuya forma yo misma no lograba reasumir en mi inte-

rior. Aún creía en aquella época en el poder de la palabra humana! Me olvidaba que lo que únicamente enseña á los hombres es el *tiempo* y la *experiencia*... Por lo demás, nuestro huésped no se cuidaba de lo que á mí me traía preocupada; yo veía claramente que, si él trataba de todas aquellas cosas, no era en manera alguna por esa necesidad imperiosa que experimenta la juventud de «*contar su propia historia*», de derramar la plenitud rebosante de su espíritu en la amistad paciente que le escucha... El hablaba acaso para conocer otras formas del pensamiento y del sentimiento humanos, y para distraer mi soledad poblada de amargos recuerdos? A lo menos así me lo figuraba. Él no aspiraba á orientar su mentalidad en sentido diferente... *No lo podía*, me aseguraba. Sentía una especie de desprecio inconsciente, involuntario; ó más bien, se maravillaba

profundamente y de un modo sincero, de los que pensaban ó sentían diferencialmente de él... Consideraba que la sensación de lo *Religioso* y de lo *Sobrenatural*, viene á ser como una debilidad en el cerebro del hombre... como una alteración de sus células pensantes, ó como una organización imperfecta, ó una crisis eventual ó permanente según el temperamento nervioso ó los atavismos de cada cual.....

.....

Siempre he creído en las secretas influencias del pensamiento, en la acción reflectiva de un espíritu sobre otro, cuando la afinidad moral de una gran simpatía se ha establecido entre ellos. He aceptado fervientemente el misterio de estas influencias que aplico y siento de un modo continuo en los diálogos íntimos de mi alma con la de aquellos que amó mi corazón y que ya me precedieron

en el camino de las existencias futuras... y estas influencias han sido *constatadas*, aunque siempre hayan permanecido *inexplicadas* por mí, como nos sucede con todos los misterios de que vivimos rodeados...

Yo experimentaba una especie de necesidad creciente y casi angustiosa, de que la Idea divina naciera en aquella alma, que el sentimiento de la inmortalidad perpetuase sus ensueños y sus amores. Deseaba para aquel hombre que, evidentemente, no era un ser vulgar, esa unción, esa dulcedumbre espiritual que la esperanza de una próxima existencia de comprensión perfecta, derrama sobre nuestro corazón... Deseaba para él esa religión *natural*, ese acto de adoración que eleva al hombre por cima de las groseras materialidades de la existencia, haciendo vibrar con eco eterno las aspiraciones de su espíritu. Yo ambicionaba

que aquel altivo adolescente, tan humilde y tan modesto, sin embargo para todo lo que concernía á su propia persona... sobrio en su conducta exterior, y tan puro que permitía sondear hasta el último repliegue de su alma en la clara y límpida mirada de sus grandes ojos; sin que nada que pudiera ofender ó chocar, apareciera á la superficie... Yo ambicionaba, digo, que él cayera vencido, rendido ante la evidencia de un Ser Supremo, infinitamente superior á toda la grandeza de la ciencia que de Él se deriva, é infinitamente mayor que la mayor potencia de la humanidad pensante...

.....
Obraba yo acaso en una especie de inconsciencia al emprender este extraño asunto. Habíame fijado un término, y á ese término deseaba alcanzar, sin pensar bastante en la suerte de aquella alma

devuelta á la verdad... Es evidente que un sentimiento que se arrebatara ó que se inspira, crea una responsabilidad entre un espíritu y otro, un invisible pero fuerte lazo que une los corazones en las ardientes profesiones de un mismo *credo*. Nuevas necesidades nacerían en esa alma; ambicionaría *saber* más y más acerca de las misteriosas y desconocidas sendas de lo divino... y yo, yo no era sino una vieja criatura que no aspiraba ya más que al silencio de mi contemplación, y que pasaba largas horas estudiando esa ciencia oculta que enseña á morir, después de haber acompañado á vivir...

Y el tiempo pasaba: ya el otoño de tintes magníficos vestía los árboles y el horizonte con dorada luz, que los presentaba maduros para una muerte próxima... El sol llegaba más tarde y se despedía más temprano y una sombra de tristeza envolvía toda la tierra. La loca

danza de las hojas agitadas por un cierzo casi invernal, atraía la vista y entristecía el corazón... Rumores extraños poblaban la luz gris de la tarde; todo se hacía triste como el espectáculo de una agonía... Una canción de despedida brotaba de las turbadas fuentes, según la palabra de un poeta; y yo sentía alrededor mío, cerca de mí, que algo de misterioso acontecía... y se cumplía como una fatalidad. Que ese *algo* tenía una vida propia; que era un elemento nuevo que nos unía á todos en su fondo, separándonos, sin embargo, momentáneamente, á causa de la turbación misma que nos causaba la novedad de su presencia. Sentía una emoción íntima y profunda de todo mi ser... algo así como si hubiera llegado yo á ser el agente de una invisible potencia, y *obedecidole* como ciego instrumento de su voluntad...

Y como todo esto vivía en la misma atmósfera que respirábamos, yo experimentaba una especie de sofocación del alma que ya no puede más!...

¿Acaso había ido demasiado lejos en mi interés creciente por ese compatriota, cuya pagana juventud había golpeado tan fuertemente mi atención?... ¿Acaso lo habría yo forzado involuntariamente por medio de la acción de nuestro modo de vivir en intenso espiritualismo después de nuestros grandes pesares; perdida mi alma entre los libros de oración, de estudios serios y de la profundización de la armonía y contrapunto musical, que separa tan absolutamente de la materialidad de la vida?...

Ello es así, que de súbito experimenté una especie de temor... un miedo á la complicación que *lo divino* trae, debe necesariamente traer, á las almas de la generación presente. Yo caminaba desde

largos años... Mi espíritu se había desarrollado y fijado en la necesidad y en la práctica de las creencias. Un antiguo atavismo me conducía á ellas, un atractivo invencible me llamaba hácia ellas; y un purísimo goce me retenía en ellas... Allí encontraba á mis muertos... el consuelo de mis dolores, la *ilusión del valor*, la respuesta á los enigmas del universo, á esa *desigualdad* que desolaba á nuestro joven huésped. Yo me decía como el resignado solitario de las orillas del sagrado Ganges: «*Nada sabemos, pero sentimos que por sobre nuestras cabezas hay Alguien que vela, que sabe todo... y que nos ama...* y esto me basta! Luego recordaba una palabra inolvidable de mi padre hácia el fin de su vida, después de uno de esos largos silencios durante los cuales su alma parecía abandonar la tierra, siguiendo el destello de alguna visión:

«He divisado, por momentos, la gran calma que yace en el fondo de las cosas, como la perla en el seno de los mares: y sé que no hay motivo de inquietud... *all will be well at the end o God...!*»

.....

.....

Pero dar nacimiento á la idea religiosa en aquel cerebro moderno que tendía poderosamente á liberarse de toda complicación y á eliminar, en ardoroso proceso, lo que él juzgaba ser un virus malsano é inquietante... Pretender orientar diferentemente aquel espíritu formado en la enemistad ó en el desprecio indiferente de lo que hasta ahora ha sido el consuelo y el alimento de la humanidad...

El había bebido ávido en esas fuentes que cantan sordamente la destructora canción... Creía descubrir en la fe religiosa un principio de tristeza y de pesi-

mismo, una especie de desprecio por la personalidad, por la tierra, por la vida, que es hermosa, rica y embriagadora si se la vive en salud de sentimiento y de concepto... Y aseguraba ardientemente que el origen de ese fenómeno (inaceptable en toda mente equilibrada) que se llama *fe religiosa*, es indudablemente creado por el sufrimiento humano, contra el cual toda la potencia defensiva del hombre es inútil... «Pero, añadía, la historia del sufrimiento, ó más bien dicho, su causa y origen, es muy sencilla y conocida... El sufrimiento es el desequilibrio producido en el hombre por la falsa concepción de la vida que el cristianismo ha traído en pos de sí; es su concepción errónea sobre el destino del hombre, el sufrimiento viene en nosotros cuando nuestro pensamiento no está satisfecho y que una desarmonía se produce entre el pensamiento y la sensación

afectuosa y tierna. No hay más verdades que las científicas; no existe nada fuera de lo que se nos revela ó impone por sí mismo...»

Entre tanto, sus ausencias se prolongaban, y después de nuestra despedida de cada noche, lo oía vagar durante horas por sobre las secas hojas del parque despojado. En vano deseaba yo al día siguiente sorprender en su fisonomía ó en su actitud la traza de su pensamiento que se me antojaba atormentado... Pero yo volvía á tener la sensación de que *algo* se aproximaba... y de este modo, había perdido la paz... Mi pensamiento trabajaba, aún á pesar de mi voluntad, activamente, condensando toda su ansiosa fuerza en una sola aspiración.

En fin, una tarde nuestro jóven amigo anunció su partida; había terminado su trabajo, y la alborada del día siguiente debía llevarlo lejos, muy lejos. Y como

yo le expresase mi sincera pesadumbre por nuestras conversaciones, por no tener, en lo sucesivo, con quien hacer de la discusión un arte que *da á cada cual el derecho y el deseo de conservar su opinión*; como le dijera que sentía vivamente no tener ya cerca de nosotros las notas juveniles de su voz, y no respirar el aura de frescura que sopla la juventud sobre la helada frente de la edad madura... él me dijo:

—«Quisiera hablarle...» Oh! era mucho, creedlo bien, para su discreción habitual, para la tímida repugnancia con que trataba algo que pudiera concernir á sí mismo. Por primera vez iba á hacer una confidencia que brotaría de su alma con la fuerza invencible de un torrente!... Obedecería por vez primera á una voz para él desconocida que hablaría por sus labios pálidos y temblorosos... Lo ví tan conmovido, tan cambiado, tan léjos de

esa frialdad imperturbable que tantas veces me había sobrecogido en su extrema juventud, que tuve un movimiento de infinita compasión al preguntarle:

—«Pero, ¿qué tiene Ud?...» Aunque sin saberlo lo presentía...

Velamos aquella noche hasta muy avanzada la hora de las estrellas, y he aquí fielmente repetidas sus últimas palabras:

—«Voy á partir, señora... me dijo con un acento tan diferente al suyo, que parecía el de otro pecho... y sufro... sufro, no sé bien por qué... me había habituado á esta casa, cuya vida hasta su detalle más ínfimo llegó á ser para mí una necesidad; tanto me ha penetrado, tanto ha respondido á mi deseo. La monotonía de esta vida me mecía dulcemente, y el sitio campestre, salvaje, montañoso, lejano á toda agitación, me agradaba por su augusta tranquilidad. Las

presencias invisibles cuyo recuerdo fijan continuamente el pensamiento de Ud.: esos espíritus desaparecidos que Uds. evocan con tanto fervor; esas músicas sagradas cuyo eco resuena de un modo diferente al de las demás, y que murmuran palabras de misterios que vuelven á las criaturas que las repiten, soñadoras y atentas... haciendo brillar sobre su frente algo así como una claridad de aurora... Todo eso ha llegado á ser adorable, querido á mis afectos, y familiar á mis pensamientos. Llevo una turbación en mi alma, si es que es verdad que la poseo, y experimento un pesar... un profundo pesar, el de no poder jamás, *jamás* unirme á las ideas y á los sentimientos de Ud. La época en que vine á la vida, no permitía ya á las viejas tradiciones imponerse lo bastante como para servir de base ó dirección á la inteligencia. Mi concepción científica del mundo

no admite la idea de un Dios antropomorfo, ni aún comprensible, ni aún posible!... Yo no quiero inclinarme á creer, porque no puedo... Mis atavismos no son los de Ud.; yo vengo de antepasados inquietos, cuyo corazón mordido por la duda me legaron; de antepasados que exploraron mucho los campos del pensamiento puro, sin encontrar allí *nada jamás* fuera de las verdades de la ciencia. Mi medio de acción no admite ni necesita elementos idealistas, porque hemos visto cuánto perjudican á la acción diligente... Pero, añadió en tono todavía más bajo y con un nuevo tinte de angustia en la voz... Yo siento que después de este tiempo vivido en una atmósfera saturada de auras espirituales, de *souffles spirituels*, según la expresión de Ud., yo no soy el mismo... ni lo seré ya jamás!... Un sufrimiento lento, más bien una especie de melancolía infinita,

ha penetrado suavemente y paso á paso en mi interior íntimo, en esa región donde el pensamiento se elabora, donde se forman y nacen los sentimientos... Ha penetrado silenciosamente, como la luz, y á su reflejo me veo herido, debilitado, enfermo y contristado por la primera vez de mi vida... Partiré mañana, iré á abismarme de nuevo en el estudio de las ciencias, en los deberes de mi profesión, en mi ardiente trabajo cerca de los sufrientes y de los vencidos... Pero, ¿qué les diré? Yo ya no soy el mismo!... Una duda atroz ha penetrado en mí... hay una turbación honda en mi pensamiento, y lágrimas de dolor en mi corazón!...

—«*Dios mío!*», añadió, cruzando las manos sobre su frente joven, con un gesto que le era habitual, y con una voz que se parecía á un lamento... Es que yo *en realidad* habría vivido hasta ahora en el error? ¿Es que verdaderamente ha-

bría por encima de toda ciencia un elemento superior de la cual ella deriva? ¿Y entonces es un Dios?... Sería cierto aquello?... y todo lo demás un gran engaño?... un miraje ilusorio? la nada?... Y yo?... Y los que me esperan...?

.....

.....

El alba aparecía... Un blanco reflejo surgía por el lado del Oriente, tras el grupo negro de las montañas cuyo cuerpo inmergía en la obscuridad como en las tinieblas de su propia sombra. Arriba, sobre el cielo, empezaba á extenderse una inmensa palidez, y las estrellas se ocultaban poco á poco. Solamente un gran astro semejante á un pequeño sol blanquecino, miraba hácia la tierra desde el zénit empíreo. Era Sirius.

Abajo, un gran ciprés se inclinaba suavemente al soplo del aura inaudible.

.....

Esa alborada vió alejarse á nuestro jóven compañero. La vida volvió á tomarlo en su engranaje separándonos de él para siempre. Jamás lo he vuelto á ver... Jamás he sabido nada sobre él... y no traté de averiguar en su destino, porque he tenido siempre la sensación de haber turbado un espíritu y herido un corazón con esa *flecha de lo divino*, estigma y signo de contradicción...

...Y el recuerdo de este suceso que acaso no ha tenido otro resultado que la horrible duda, el combate desgarrador de dos elementos, y la noción del dolor verdadero en un alma muy jóven, pesa hoy todavía, después de tantos años, sobre mi alma, como un remordimiento...

CHALET DES ORMES.

Avril-May-09.



FLEUR DE LOTUS

Nous ne sommes libres, que
dans le premier acte.—Goethe.

Hay un infinitivo que merece especial meditación, y es: *escribir*. ¡Escribir! publicar! alcanzar gloria, fama y dinero ¡qué hermoso sueño! Antes en el buen tiempo antiguo el hecho de escribir era un placer fino y delicado; era vivir con un pensamiento, madurarlo, revestirlo de belleza, de utilidad general, de consuelo y aliento á las almas, de bálsamo á los heridos corazones... y para esto se lo ha-

cía sano y vigoroso. Y esta satisfacción compensaba la fatiga del trabajo. Me figuro que ántes los libros se escribían como se educa á un niño, con diligencia, con paciencia y con amor, diciéndose del libro como del niño: «Me cuesta hoy, pero mañana será mi honor y mi preciado timbre de orgullo».

Pero hoy día! ¿quién tiene tiempo de pensar en todo esto? la idea viene, y por vacía, hueca ó inmoral que se presente, se la viste de cualquier barniz más ó menos vistoso y brillante, se la lanza ó á un artículo ó á un folletín ó á una novela y vuela á difundirse. ¿Quién piensa que á las veces penetre en algún alma, como un proyectil que la hiera de muerte? ¿Quién piensa en otra cosa que en un fin de egoísmo? ¿Quién es aquel que al tomar la pluma cada día se dice: «No trabajo ni para mi gloria, ni por agrado personal, porque todo es vanidad deba-

jo del sol excepto *servir*, y nada quedará sino lo que yo haya practicado para consolar, para iluminar ó para enseñar». Cuántas veces habrá entre los que leen las líneas que brotan de mi pluma, alguno que sienta la necesidad que todos experimentamos en ciertos momentos, de elevarse por sobre las miserables cuestiones que agitan los cerebros el día de hoy! que sienta la tristeza posar una helada mano sobre su corazón, el decaimiento soplar un aura quemante sobre su frente, y que desee un libro, un artículo, una palabra con la que un escritor sincero, bien intencionado y literato (lo que es un atractivo más) se remonte hacia las alturas de la verdad, arrebatando á ese cansado espíritu, á ese inquieto corazón en su vuelo, y haciendo respirar una atmósfera nueva, sana, poblada de elementos de salud, de fuerza y de pureza?

Abriendo los libros y revistas que llegan continuamente, encontramos en la mayor parte, la misma eterna cuestión, el mismo *ritornello* desarrollado con mayor arte por los novelistas, con más cinismo por las *cerebrinas* ó las *bas-bleuses*... Siempre mujeres desequilibradas, seres de pasión y de extravío, hombres sensuales corriendo ciegamente hacia el placer... sintiendo algunos el llamado suave de la conciencia turbada, la voz de la responsabilidad; despreciando los otros todo lo que se interponga entre ellos, su deseo y la satisfacción de ese deseo.

Oh! es lamentable que los autores franceses, que son los preferidos en nuestro pequeño centro, no recuerden más á menudo la inmensa responsabilidad del escritor! Todos ellos, incluso el neo-católico Paul Bourget, y cuantos adoptan el sistema de la novela para revelar su pensamiento, hacen de la literatura una

obra inmoral, olvidando aquella inquebrantable ley de fisiología que asegura que: «el que aspira á vivir en la voluptuosidad de los sentidos, pierde la sensación voluptuosa». Si la tendencia humana es buscar ansiosamente el goce ¿por qué los desencantados exploradores del alma íntima del hombre, no revelan á quien espera de ellos algún bien, otra concepción del placer, alguna idea ó práctica más alta, más noble, más pura que esa cansada cuestión de amor?...

Refiere un célebre escritor suizo que entrando un día á Ginebra después de una ausencia de varios años, se dirigió siguiendo la traza de un recuerdo de juventud á casa de un matrimonio de viejos amigos que vivían en compañía de su nieta Miriam, á orillas del lago. Aquellas buenas gentes habían sido los padres adoptivos de nuestro héroe; ellos habían alentado sus primeros esfuerzos litera-

rios; con su experiencia de ancianos, le dieron en su niñez y en su adolescencia sanos consejos, abriendo su joven espíritu á las más nobles i generosas concepciones y poniendo en guardia su fantasía de autor contra los asaltos de la vanidad y del sensualismo.

El tiempo había pasado y muchas fueron las notas de las canciones del escritor... Las hubo alegres y jubilantes, radiosas de ilusión, brillantes de fe y de entusiasmo y... después la vida agostó en flor toda aquella hermosura, secó las fuentes puras, y la desesperación sacudió aquella alma hasta el punto de inspirarle el pensamiento del suicidio. La ola del sufrimiento lo ahogaba; era necesario terminar una existencia rodeada de misterio y de tormentos; la traición había desgarrado su corazón... Era fatal, debía desaparecer! El hombre tiene sobre los seres inferiores, el derecho y

la superioridad de poder disponer de su vida...

Y escribió su martirio, y el libro era la apología del suicidio; pero, sea por un resto de respeto á su propia dignidad, sea por otras consideraciones, aquella obra estaba firmada únicamente por un signo.

Caía la noche, una espléndida noche de otoño; bordeando el lago buscó nuestro escritor la conocida mansión, y en breve se encontró delante de la puerta entornada. Del interior salía un clamor, una queja humana, lenta como una salmodia; penetró angustiado ante la perspectiva de una desgracia y se dirigió hacia el salón de la izquierda, de donde partían las voces. En el medio del salón, tendido de crespones, y adornado de lirios y violetas se alzaba un túmulo... En él yacía una creatura de 17 ó 20 años, fina, pálida, marmórea, coronada

su rubia cabecita de finos y brillantes rizos, cerrados los ojos á la luz de este mundo, cruzadas las manos sobre el pecho, rígida é inmóvil. Dos viejos encanecidos, encorvados bajo el peso de un dolor inconsolable, sollozaban desesperadamente entre las luces y las flores...

El antiguo amigo se aproximó, mudo de espanto ante aquel espectáculo. Era Miriam *la pequeña*, la flor y el fruto de la soñadora alma de Ana, la difunta hija, y de Yorik, el excelente muchacho que había perdido primero la razón y después la vida al saber la muerte de su mujer. Muerta Miriam á los 17 años, cuando la juventud empieza á brillar y á triunfar la vida? ¿Cómo habría sido? De qué modo habría entrado la muerte en aquel hermoso cuerpo sano y vigoroso?...

«Nada sabemos! repetían uno después de otro los inconsolables abuelos. Miriam no era la misma desde hace algún

tiempo... leía mucho, tal vez demasiado para su joven imaginación. Luego cuando Yorik dejó de venir, la tristeza se apoderó de su alma... pero ella tenía la vida delante de sus claros ojos. Últimamente su pasión fué un malvado, un perverso libro que se publicó anónimo, acaso porque su autor tuvo vergüenza de sus propios conceptos... Ese libro, la glorificación del suicidio, del mayor de los crímenes... ¿Exaltó la imaginación de nuestra adorada? ¿Hizo pasar por su joven alma un viento de extravío? ¿y dió á su cerebro algún vértigo? Sin duda: porque ayer cuando las primeras estrellas brillaron en el techo de los *Glaciers*, nuestra vieja Ritze que había ido en busca de la niña para abrirla y conducirla al hogar, encontró su cadáver flotando como flor de loto sobre las aguas del lago. De la orilla recogió este volumen:

«¿Le conoce Ud?...



VOCES DE LA SOMBRA

Sta, viator!
Passant, arrête-toi...
(Voix de l'ombre).

Entre las más dulces horas de mi vida, cuento aquellas demasiado breves que he vivido en el acorde universal; en que he comprendido los árboles, los insectos, las flores y las estrellas; horas en que se vive un momento de la Eternidad. La seducción de este lugar consiste en su rudeza mística, en su soledad, en sus lí-

neas grandes y tristes, pero finas á veces como los rasgos de una fisonomía.

Necesario es, para los que viven intensamente y sienten el desagrado de la agitación moderna, retirarse á una soledad, reposarse en el silencio de los campos, volver momentáneamente á la vida sencilla, y oír lo que pueden contar las flores del bosque, al hombre de tímida y corta sabiduría. Es necesario de vez cuando, huir del bullicio de las ciudades, de la delirante multitud de los que luchan, ambicionan y tiemblan y constituir en algún apartado sitio una amada soledad en la que puede ser abarcado nuestro ideal, para consolarnos allí de los contactos rudos, de los desprecios y de los anatemas! Es necesario exponer alguna vez *el alma* á los rayos del dorado Sol de la campiña y á la frescura de su rocío matinal; sentarse solitario en el tronco de un árbol viejo, sentir el con-

tacto de las realidades permanentes, de las cosas eternas; coger el musgo de los senderos y sorprender la marcha de la hormiga, casi perdida entre las minúsculas grietas de la tierra. La gota de agua que tiembla en las hojas del arbusto, es hermana de Sirio, el altivo planeta que brilla en la dorada franja del Cielo: todo se completa, todo se une y se comunica, visible ó invisiblemente en la Naturaleza.

Lo que veo en estos momentos á mi alrededor, me parece una eterna sonrisa del Universo (1). Es como la alborada del mundo, como si la naturaleza acabase de surgir intacta, joven y fresca de las manos del Creador, despertando del profundo y misterioso sueño del caos. Así me parece, contemplando sus montañas oscuras de vegetación, sus blancas cimas de nieves, tiñéndose al movimiento

(1) Dante-Paradiso, IV.

del sol, de esos colores cambiantes, inverosímiles, que los pintores llaman «tintas finas»; las cascadas descendiendo de la gran altura silenciosamente, sin ruido alguno por entre la densidad de los árboles; la tranquilidad de la paz majestuosa de esa soledad magnífica. Qué lejano y cuán perdido de mi memoria está en estos momentos de comunión con la gran Naturaleza, el recuerdo de las ciudades, de los hombres, de sus pasiones y de sus *perversos pensamientos* (1). En la soledad del campo se siente un alma nueva, se varía la concepción de la vida, se establece en la verdad, en la sencillez y en la misma espléndida calma que se derrama como en invisibles torrentes por la Naturaleza. Aquí van muriendo poco á poco las pasiones de ficción, de vani-

(1) *Perversis cogitationibus*. — Invitatorio del Oficio Divino.

dad, de ambición y de soberbia, todo lo que contrista é inquieta al corazón humano, y podría decir, involuntariamente y movido por mayor fuerza misteriosa, va entrando el espíritu en el gran elemento de verdad y de paz, alas inmensas con las cuales se remonta el hombre por encima de la miseria.

Oh! este espectáculo de la tarde cayendo sobre nosotros, envolviendo en eambiantes tintes de crepúsculo, la esplendente belleza que entra envuelta en sombríos velos al palacio de la noche, para despertar horas más tarde con el sol! Ese número infinito de astros llegando á la obscurecida altura, uno á uno, como los hombres á una Asamblea...

El crepúsculo! la hora del combate de luces, de los recuerdos, de los místicos silencios, ora de los amados y de los amigos; hora en que lo mejor de nuestra alma sube á la superficie en visiones ine-

fables. Pensamos en los ausentes, en los que ya nos han precedido en el camino de la existencia futura, en el viejo pescador de perlas (1) obrero artista ya desaparecido que buscó, conquistó y dispensó la belleza y la fuerza; que ornó el sendero de mi vida de nobles ideales, y de ansias sublimes, dejándome al separarnos, tan augustos recuerdos! La vida de la ciudad, en su gran bullicio, no permite oír estos acentos de la Sombra y de la Soledad, que yo persigo como una necesidad imperiosa de mi ser íntimo, como la respuesta á la inquietud que me produce el misterio de la vida. La atmósfera obscurecida, los grandes centros no permiten percibir lo artificial y ficticio de esta vida que vivimos. Pero, retirados en el silencio y en la soledad, vemos pa-

(1) Alusión á un artículo anterior dedicado á una querida memoria...

sar en legión, delante de nuestra vista, la multitud humana, delirante ó atormentada... Hombres de ley que á fuerza de ciencia legal, no pueden conocer dónde está la justicia... Filósofos perdidos en amargo excepticismo; políticos perseguidos y calumniados, desconocida su rectitud; tribunos abusando del poder de la palabra para rebajar los debates y llevarlos al abismo de la pasión envidiosa y envenenada; moralistas que han perdido la brújula hasta el punto de confundir la izquierda con la derecha... Mujeres corriendo locamente al placer vano y mentido: ambicionando el lujo como la necesidad suprema... Ante todos estos fenómenos de la humana aberración, aspiramos á poseer la sencillez de un espíritu que medita, como se aspira á la posesión de un tesoro, y recordamos como una gran verdad aquella hermosa palabra de Leonardo de Vinci:

«Nessiun maggior signoria che quella de sé medesimo: e si tu sarai solo, tu sarai tutto tuo».

«No hay señorío comparable al de sí mismo; y si vives solo, te poseerás eternamente».

«La soledad es la patria de los fuertes, exclama Lacordaire en una de sus conferencias; ella se encuentra al principio de todas las vidas fecundas, de todas las grandes instituciones, como también en todas las restauraciones sólidas de la vida moral de los individuos y de las sociedades». Y nosotros añadimos, señor director, que la civilización moderna, considerada bajo un cierto punto de vista, es el cultivo de la inquietud y de la agitación. En donde ella reina no hay tregua ni reposo; no hay día ni noche.

El día está obscurecido por los edificios, por el polvo y por el humo, lo que coharta tanto la libertad humana, que

como decía Madame de Stäel, «el hombre más libre, es en la ciudad esclavo del aire que respira». La noche está profanada por el ruido de las usinas y la claridad de lo artificial: de lo cual resulta nuestra mentalidad noctámbula, impaciente, inquieta, trepidante.....

Cómo nos hablan de todo esto las voces de la sombra en la soledad de nuestro retiro! cómo nos invitan á la sencillez de los tiempos primitivos, para volver á encontrarnos con nuestro espíritu joven y feliz del pasado. La flor que nace y crece en paz; el ave que entona su canción, la estrella que sigue su curso y el hombre que obedece á su conciencia, están todos de acuerdo con el Creador, de quien proceden y son todos los seres, y en quien han de hallar su reposo: la paz los envuelve y se comunica á quien sabe comprenderlos.

Las voces de la sombra hablaron á

Jeanne D'Arc, quien después de cuatro siglos de sueño, vuelve á aparecer en la escena del mundo espiritual como la santa más moderna de la iglesia de Dios y como la heroína más gloriosa de la nación francesa. Todo está lleno de su nombre, hoy día como el siguiente de la libertad de Orleans y del Sacro de Reims. Jeanne D'Arc viene del fondo del infinito y trae grandiosas nuevas. Y, como fresca y pura aura primaveral, sopla sobre la abrasada y enfermiza frente de la Francia moderna una brisa que viene del país de las almas. Se diría que vuelve Jeanne D'Arc á renovar su propia raza, infundiéndole su altivez, su fe y su esperanza, perdidas ó casi perdidas en la áspera lucha de tantos siglos. Un novelista, M. Anatole France, que es, sin duda, uno de los escritores modernos de más ingenio y de mejor estilo, ha hecho entrar en el plan artístico de una obra literaria, la ideal, la celes-

tial figura de Jeanne D'Arc. La audacia ha sido grande, pero en manera alguna coronada por el éxito: los problemas que no pertenecen al dominio de un criterio puramente humano y natural, no deben ser tratados de semejante manera; hay un misterio y el misterio será siempre inaccesible para el excéptico y burlón espíritu de France. En mi próxima correspondencia analizaré su obra que acabo de leer y que me ha dejado una gran impresión de desagrado.

Entre tanto, al terminar, no puedo menos de enderezar hacia la altura mi pensamiento y mis miradas, diciendo devotamente al Creador de la belleza que me rodea en esta tarde de invierno vestido de primavera:

«Señor, eres la calma de mi espíritu en la inquietud, mi luz en las tinieblas, mi consuelo en la miseria y en la derrota!

Fuí conducido á Tí por la flor del campo, por la estrella del cielo, por las voces de la sombra, que son las de tu Evangelio y de tus Profetas; por la claridad que brilla en la penumbra de los humildes y en la frente de los Justos y de los Héroes».





CRUCIFIXUS

El día de la Pascua tomé el sendero que conduce por medio del campo hacia la nevada cumbre de la montaña. La luz era magnífica; resucitaba el día en brillante esplendidez, siguiendo á las tinieblas de la noche, como sigue en el alma del hombre la claridad de la certidumbre á las obscuridades de la duda.

¿Por qué la luz temprana no sonríe siempre ante nuestros ojos? Amiga de los primeros años, ella no ha envejecido como nosotros y como tantas cosas que

no son ya tan hermosas como en aquel lejano tiempo! Mirad como la vida se despierta animando el horizonte, se colorea la tierra y un vapor ligero sube del curso de las aguas y del flanco de las colinas... Mirad esa montaña azul de nevada cresta; los primeros ardores han borrado el blanco recuerdo que el invierno dejara en sus cimas al pasar por nuestro hemisferio... Toda la flora primaveral surge, y en el fondo de este cuadro de naturaleza, la verde pradera humilla su césped para dejar toda la gloria á las nacientes flores... La alborada aparece siempre más hermosa, siempre más joven, bajo el cielo tallado en un solo záfiro.

Oh! estos reposadores silencios del campo solitario, ese esplendor del sol que se levanta, esta dulzura de las primeras horas de un día... ¿Por qué su eterna, repetida aparición no nos fatiga

como otras monotonías? ¿Por qué el obscuro cielo de la noche nos llena de pavor el alma, y el cielo azul de la mañana nos inspira sentimientos de confianza y de seguridad?

Hay más estética, sin duda, entre la tierra y el cielo, que la que pueden enseñarnos todas las escuelas de filosofía; la contemplación de la naturaleza nos conduce á la contemplación de Dios, no sólo porque El es la Verdad, sino también porque es la Belleza. Dios Creador, es el artista supremo que trabajó con sus manos para hacer más hermosa la morada del hombre. Es el jardinero que Magdalena encontró al volver del sepulcro abandonado, velando sobre las flores nuevas... Es el pintor sublime que da púrpura y rosicler á la alborada y á los crepúsculos... Es el tejedor sutil que fabrica los vestidos de los lirios, mil veces más finos que los de Salomón... Es

el viñador admitido en Caná y nuestros días, que cambia en vino el agua de los cielos. De Dios es todo lo que alienta y resucita en la tierra, lo que luce sobre la montaña, lo que apaga la sed y que viene de las altas cimas. Las leyes, la vida y las alegrías que despierta la Belleza, constituyen un elemento tan eterno, tan sagrado de la creación material del mundo de Dios, como en el mundo de las almas la virtud, y en el de los ángeles la adoración.

.....
 ¿Dónde estaréis en algún tiempo más, mariposas fugaces, insectos inconstantes, pintadas flores, júbilo del prado?... Ven- mos el fin en todas las cosas!... Cómo vivir tranquilos en este mundo donde todo acaba, donde todo tiembla y se des- vanece bajo nuestros pasos?...

Luego pensé en el cristiano que ago-

nizaba en las alturas de la montaña cercana y dirigí mis pasos á su morada de miseria...

Aquel hombre llevaba sobre sí el peso de una larga serie de años; su cuerpo se había encorvado... había visto morir sus alegrías, luego sus dolores, sus temores todo lo que constituyó su vida. Ahora el polvo reclamaba al polvo y sus ojos disecados parecían buscar en la tierra el sitio de su sepultura. En vano aquella mañana el cielo era azul, brillante el sol y alegres las variadas notas de las aves: para el que agoniza todo se pierde entre las brumas de su tormento. Mis pensamientos de fé me inspiraban consoladoras reflexiones para aquella alma que sólo había conocido de la vida humana, las angustias y la miseria; y busqué á dulcificar yo misma un íntimo dolor de compasión, diciéndome una y otra vez:

«Más allá del mundo visible, la suerte de este desgraciado será como la mía... iguales, sin embargo...

«Nó, me contestó una voz secreta: la del pobre será más venturosa. Lo dijo Cristo en lo alto de una montaña».

Seguí caminando perdida en mis pensamientos y experimentando acaso un asomo de pesadumbre al reconocer la justicia y la equidad de aquel secreto acento.

Llegué al borde del lecho que temblaba con los espasmos del cuerpo en la separación suprema.

«¿Cómo os encontráis hoy? pregunté á aquel hombre en cuya frente coronada de nieve, jugueteaba un rayo de luz imaterial, un destello de inmortalidad.

Crucificado... Alleluia! me contestó el moribundo entornando los ojos...

15 abril 1908.



MORITURUS

La muerte dijo un día:
«He visto la sombra de la muerte...»
Y el buho que graznaba en un techo
solitario, le respondió:
«Nó, no es tu sombra la que has visto».

* * *

La siempreviva habló después y dijo:
«He visto mi imagen en un corazón».
Y el jardinero que regaba el pequeño

círculo florido alrededor de la tumba solitaria le respondió:

«No eres tú la que te has visto».

* * *

La tórtola añadió:

«He oído mi arrullo quejumbroso».

Y el arbusto trémulo le contestó:

«No es tu quejido el que has oído».

* * *

El cirio amarillento dijo á su vez:

«He visto los rayos de mi luz».

Y el anciano sacerdote que oraba por las almas de las almas de los muertos, le respondió:

«No es tu luz la que has visto»...

«Es curioso, dijeron á la vez la muerte, la siempreviva, la tórtola y el cirio... Hemos visto una sombra de muerte que no es muerte... una imagen de siempre-

viva que no es siempre viva, el arrullo de una tórtola que no es de tórtola, una luz de cirio que no es de cirio...»

Y yo que los escuchaba exclamé:

«¿De qué os asombráis? Por la altura de aquella colina solitaria, atravesando el jardinillo que rodea un sepulcro, la sombra de una mujer pasó... Envuelta su palidez de muerte en amplios crespones, llevando en la memoria de su corazón el pensamiento del muerto, sollozando en doloroso arrullo su abandono y bañado su semblante ansioso en la luz inmaterial de las inmortales esperanzas...»

1908.



LE CYGNE

El cisne reina sobre las
aguas fundando allí un im-
perio de paz. . .

El cisne es la grandeza, la
la majestad y la dulzura.—
BUFFON.

LE CYGNE

IBSEN - GRIEG



O toi mon cy - gne



Si blanc si tran - quille

Esta es la descripción abstracta del cisne; pero si escuchamos á Grieg en uno de sus mejores poemas musicales, los caracteres de esta definición llegarán á ser nos sensibles y concretos, representados por el suavísimo *Lied*, acompañado por piano.

La dulce cantinela es el retrato sonoro del ave magnífica. Muchos maestros antes que Grieg, hicieron del cisne el confidente o el símbolo de una poesía ó de un ensueño... «Un cisne! un cisne!» grita á lo lejos el pueblo percibiendo á lo lejos y sobre las aguas del río el pájaro color de nieve que arrastra la navecilla del caballero de plateada armadura, y este grito constituye uno de los *tutti* más hermosos que hay en la música de teatro.

Un cisne es el compañero de Parsifal, y el joven héroe en involuntario arranque de violencia destruye á su dulce compañero... Gurmemaüz, viejo escude-

ro del Graal, guardián de los floridos jardines y de sus sagrados huéspedes, aparece é irguiéndose indignado:

«Qué has hecho! dice á Parsifal, ¿Cómo has podido cometer tal crimen? Aquí todas las criaturas te habían acogido gozosas, y sobre las ramas cantaban en tu honor las aves del cielo... El cisne, el fiel cisne ¿que te había hecho?» ...

La música de Wagner no se limita en este delicioso poema, á describir una escena de realidad: transpasando lo visible, hace también reflexiones de belleza y de sentimiento moral. El *motif* canta con infinita tristeza la transgresión á la ley de amor universal, de respeto y de bondad cuyo símbolo es el albo despojo del pájaro muerto.

Ibsen y Grieg en armonioso acorde de música y poesía cantaron también al cisne, y las palabras dicen así:

«Oh cisne mío! blanco y tranquilo, de

níveo plumaje... Tímido, temblando á los elfos, nadabas suavemente, lentamente y en círculos, sobre las aguas límpidas del lago... Ningún acento había revelado tu voz... Pero en el instante de separarnos cantaste, y tu vida terminó... Eras un cisne!...»

Incierta y vaga como la poesía, es la música de este clásico poema; y esa incertidumbre constituye su principal encanto, su mayor atracción. Música que interroga, que se lamenta de un secreto dolor inconsolable... Música flotante, indecisa, atormentada, que se viste de palabras en las cuales vaga un alma dolorosa, infinitamente melancólica... Acordes y expresiones lentas que ocultan una pesadumbre y una duda... Acaso algo de humano ó divino que vivía en la blanca forma del cisne? Profundas y extrañas notas que evocan el antiguo mito de Leda

y la purísima leyenda del Norte. Según la cual los hijos de los reyes son transformados en cisnes salvajes. Todo esto se confunde en nuestro pensamiento, y en nuestro ensueño...

A la hora del crepúsculo, hora del combate de luces, hora de recuerdos, de místicos silencios, la hora de los amados y de los amigos; la hora en que lo mejor de nuestra alma sube á la superficie en visiones inefables... Abriendo el piano he empezado y terminado una y otra vez este poema melancólico de tan delicado simbolismo. Pienso en los ausentes... en los que ya me han precedido en el camino de las futuras existencias... Una infinita tristeza invade mi alma penetrando y bañando en ella la lenta salmodia de los acordes y de las cadencias... Evoco el pasado que me aparece como la mañana de la vida... Miro el cre-

púsculo que es el otoño presente, y como el cisne, trémula y tímida, sola en el círculo sin fin del agua profunda, tiemblo á los elfos... genios de la noche...

Verano 09.





SERENADE

IMITATION DE LEOPARDI

Como la sombra se extiende esta tarde proyectando cada vez más lejos su disco tenebroso.

Así alejándose la imagen mía extenderá sobre tu memoria un velo cada vez más denso.

A toda hora, en todo lugar donde lloró mi corazón estaré cerca de tí, porque en todas partes dejé un rayo de mi alma.

Cuando en tu salón sola y pensativa,

tocarás con distraída mano el arpa sonora, te acordarás... «A esta hora cantaba para él...»

Cuando en la partida de ajedrez veas desde los primeros movimientos al Rey prisionero; pensarás que de ese modo estaba dispuesto nuestro destino desde el principio de nuestro amor!

Durante el baile, en un instante de reposo, antes que el menestral haya dado la señal para la danza, querrás sentarte y verás un sitio vacío á tu lado... Entonces pensarás: «Aquí se habría sentado junto á mí» ...!

Cuando leas un romance en el cual el deseo supremo de los amantes haya sido destruído por un destino fatal, pensarás estremecida: «Así fué nuestra historia!» ...

Y entonces un destello luminoso brillará en la noche: las hojas sonoras del árbol ya muerto resucitarán en el parque, danzando locamente, movidas por

el viento, y el buho gimiendo batirá tus cristales con sus alas. Y tú dirás: «Es su alma!»

«Así á todas horas y en todo lugar donde lloró mi corazon, estaré cerca de tí, porque en todas partes he dejado un rayo de mi alma!»

Domus Aurea, 1908.





ARBOL DE VIDA

ESCANDINAVA

Prólogo

Un gran campo verde...

El césped ha crecido: pasa oleando el viento murmurador y acaricia las blancas margaritas y los pintados ranúnculos. En medio del campo está sentado un hombre... á su lado descansa un adolescente... Ningún rumor llega hasta ellos, sólo la sordina de las hojas, el movimiento leve de algún insecto, y la eterna canción de la alondra que canta al sol...

Y los pensamientos del adolescente son de temor... temor del bosque, con sus obscuridades voluptuosas, con el perfume de su suelo humedecido por el rocío y con su frescura que vivifica. Teme á los senderos silenciosos, á los negros templos de pinos á cuya sombra tiembla el alma como un pájaro asustado... Y teme porque en el centro del bosque que no ha visto, pero al cual caminan sus pies como se mueve la aguja hacia el Norte, hay un árbol...

Es el *Arbol de la vida* y dice la leyenda que su tronco brilla blanco como el mármol y que su forma es la forma de la mujer... El Arbol es modelado como marmórea columna y se mira en las oscuras aguas del pantano. Delicado es su ramaje y se balancea sin cesar...

Pero sus flores, ah! sus flores!... ciega su blancura y su púrpura quema: y brillarán en la noche más oscura como en

el día más radiante, las flores del *Arbol de la vida*.

Aquel que alguna vez aspiró el narcótico perfume de esa flor y besó su rojo cáliz, ya no se librará de la sombra del *Arbol de la vida*. El delicado ramaje circundará su cuerpo, paralizará su voluntad, y sumirá su espíritu en soporífica apatía...

Y el mancebo Ases caminó hacia ella porque ella era el norte y él la aguja; sintió que el suelo se ablandaba á sus pies, y cayó enloquecido y anhelante al pie de la columna marmórea...

Y nunca jamás volvió á ver el grande y hermoso campo en que los altivos árboles miran hácia el cielo abierto... eterno!

Les Ormes-09.



PARADISO

A LA MEMOIRE DE MON PERE

Cuando expiró, y que yo cerré piadosamente con temblorosa mano sus pupilas azules...

Cuando ví á la Intrusa enlutada inmóvil á la cabecera de su lecho, besando con su helado labio la alba frente donde ya no habitaba el pensamiento de aquella víctima de elección...

Cuando me encontré sola en medio del camino de la vida, y que no atravesaría ya los floridos jardines, prestando á su ancianidad temblorosa el apoyo de mi brazo joven...

Que ya no iríamos juntos á seguir el diálogo misterioso de las ninfas y de los elfos danzando en el bosque obscuro... Ni oiríamos á los guardianes de rebaños que dejan morir en el aire el suspiro de sus flautas... Ni miraríamos la marcha loca de la mariposa, ni la paciente labor de la abeja que se retarda sobre las flores perfumadas elaborando su miel... Ni respiraríamos juntos el aura regenerador de las alturas que conmueve á la vegetación eternamente virgen...

Ni constituiríamos una soledad bien amada, que nos consolase de los contactos rudos, de los anatemas... y que no treparíamos alegres é inconscientes á las altas colinas, islas de soledad...

Entonces dije á la Muerte:

—«Llévame, oh Muerte, hacia los abismos profundos donde eres soberana... Dulce es dejar la vida en esta hermosa tarde de abril, cuando acaban de

sonreír las últimas flores... Ya te sigo: condúceme! Mi deseo es ir allí adonde tantas veces dirigí mi ensueño solitario, mis pensamientos de luz, mis aspiraciones de paz, mi ansia de reposo y los ardores de mi corazón... Te hablo sin temor, aunque ignoro cuál sea la morada ignota y misteriosa á la cual debes conducirme...

«Poco me importa, oh Muerte! Sé que hay un Rey, árbitro de la vida humana y árbitro tuyo... Sé que él es bondadoso y que sus brazos abiertos eternamente al dolor, me acogerán... Lo he llamado tanto durante mis horas de duelo, y mi llanto ha corrido por sobre su imagen que vive en el fondo del alma mía...

«La calma vendrá para mí: y ningún rumor del mundo vendrá á turbar la paz simple de mi espíritu»...

.....
«Errores... errores...! me dijo la Muer-

te; peligrosas quimeras que la ternura de las madres crea, en su compasivo corazón para adormecer el dolor de sus hijos: yo no tengo estrella en mi eterna noche! Yo no despierto jamás, y soy como un abismo sin término en el cual jamás brilla el sol. Tú esperas librarte del peso abrumador de la existencia... Tú has perdido el atractivo del mundo y nada quieres con él... Tú sueñas con una paz que nadie ni nada pueda jamás turbar...

— «Ah! volverás á vivir tu vida en su aislamiento! Sentirás siempre la traición de los que amabas y que no respondieron sino con perversidad á las voces y llamados de tu corazón... y tus sufrimientos como fieras enjauladas, desgarrarán tu alma... y tendrás el mismo martirio en las horribles pesadillas de tus noches agitadas... y oirás siempre, aún en el fondo de los abismos, el latido

de tu corazón y el sordo y amenazante ruido de la vida, *eternamente*...

«Oh Muerte! Si debo revivir mi vida, con ella vendrán también mis breves goces!... Sentiré de nuevo la mano de la amistad entre mis manos... las dulzuras del amor, la armonía de mis horas de música que me han conducido en su suave cadencia al borde mismo de lo infinito... Contemplarán mis cansados ojos la verdadera belleza por instantes inolvidables y la maravillosa creación me mostrará su radiante espectáculo... Viviré de nuevo, mis esperanzas, la fé y la confianza y el abandono perfecto en el corazón de los que amé...

«Y si puedo orar, amar y perdonar de nuevo, oh Muerte, ¿tengo necesidad de otro Paraíso?...»

7 abril 09.



PESCADORES DE PERLAS

A LA GRANDE AME DE MON PERE

J'ai par moments entrevu
le grand calme rassurant qui
gît au fond des choses, comme
la perle au sein des
mers: et je sais qu'il n'y a
pas lieu de s'inquiéter.—G.
E. C. ENTRETIENS.

Allá á lo lejos, en los mares misteriosos donde se baña amorosamente el gran cielo de Oriente, el mágico cielo de Ceylán y de las islas de Polinesia, es donde se pescan las perlas más preciadas.

Describen los exploradores en términos emocionantes, el terrible archipiélago ambulante de Tuamotou, compuesto de ochenta islas madreporicas, sin vegetación alguna; islas nacidas de un estremecimiento profundo é inesperado de la cáscara terrestre, y que algún otro movimiento también inesperado destruirá cualquier día. Allí no existe casi ningún germen de vida: nada florece, nada se desarrolla, y sin embargo, en los alrededores de este archipiélago de muerte, viven y prosperan las perlas más preciosas.

Lánzanse los buzos á escrutar el abismo, después de un duro aprendizaje y de esfuerzos repetidos para acostumbrar sus pulmones á la fuerza que requiere la audaz aventura. Algas inmensas aprisionan sus miembros; la temperatura desciende bruscamente y un mortal frío entumece su cuerpo; monstruos raros que habi-

tan aquellas profundidades inexploradas adonde existe, sin embargo, la vida, los atacan y los destruyen... Así marchan los pescadores de perlas, de peligro en peligro!

¿Pensamos alguna vez en esos desiertos marinos, en esas prodigiosas soledades donde van á perderse tantas vidas humanas?

¿Pensamos en todos esos muertos y en todos esos vivos abandonados en la inmensidad del mar?

¿Pensamos en el corto número de los que vuelven después de arrostrar tantos peligros, tan grandes sufrimientos, para proporcionar á *otros* un agrado ó un provecho? Porque el fruto de tanto afán no es para el pescador de perlas... No será él quien llevará en sí la hermosura de su conquista. El tesoro será para otros.

Esa mujer que en el brillo de una fiesta luce una joya magnífica; esa joven

cuyos ojos entornados, perdidos en la vaguedad de un lejano pensamiento, parecen soñar intensamente; ¿en qué sueña? ¿qué piensa? Se la felicitará por la joya que hace resaltar más su belleza, creando una armonía nueva en la finura sonrosada de su tez; se alabará el Oriente de su perla, y se evocará al contemplarlo toda la magia del Oriente.

Ella sabe que la perla se pesca en el mar de la lejana Oceanía, cuyas turbadoras maravillas le han sido tantas veces descriptas. Y pensará en ese lejano mar cuya profundidad, cuyo infinito le ha emocionado más de una vez: pensará en el Edén de Tahití. En esas regiones donde el cielo tiene maravillosas coloraciones, en esa luz que dora las islas de la Polinesia: y evocará las sonrientes islas con curiosidad acaso nostálgica: y todos los recuerdos que haya dejado en su alma la imagen de estos países, desperta-

rán como los pajarillos de un nido... Esas tardes abrasadas por un sol de fuego y oro: la vida dulce y fácil en una tierra rica; las flores que embalsaman los aires, las infantiles poblaciones, sus distracciones juveniles, y sus danzas amorosas. En este cuadro de vida encantada, esa mujer soñará con todo lo que agita y conmueve el alma de una artista. Pero olvidará, porque es mejor olvidarlo, que todos los paisajes oceánicos no tienen el esplendor de los de Tahití; esa mujer olvidará el archipiélago movable y sus horrores y no querrá pensar en el peligro incesante de esos pescadores cuyo único fin y trabajo parecen ir encaminados á hacerla más y más hermosa.

.....

En el desarrollo de la vida humana no es solamente en el fondo del Océano donde se pescan todas las perlas. En cada ramo de la actividad humana hay

muchos obreros, acaso de desconocido nombre, que trabajan *para que otros aprovechen*, que van hasta el fondo de las almas buscando á sorprender el tesoro que cada cual encierra y que, sin su afán, quedaría para siempre desconocido.

Muchos hombres se entregan á inmensa y constante labor cuyo resultado será para otros: de generación en generación el tesoro de riquezas anónimas se aumenta y la humanidad se hace cada día más libre y más poderosa. Y esta constatación, nos recuerda que ante la justicia eterna, cada uno de estos esfuerzos, cada uno de estos trabajos lleva un nombre especial y personal. Algunos de ellos, obreros inconscientes, llevaron á término su tarea sin alcanzar á conocer su inesperada repercusión. Otros, cuyo nombre carísimo quedará impreso para siempre en las profundidades de nuestro ser, consagraron sus energías y su perseve-

rancia á ornar el camino de nuestra vida de pensamiento y de acción, de nobles ideales, de ansias sublimes y de santos recuerdos. Su espléndida filosofía puesta al servicio de nuestra inteligencia, nos enseñó á aceptar con serenidad y valor las diferencias de la vida: su observación minuciosa, nos hizo obtener antes que *la vista, la visión* de los sucesos y descubrir la palabra del enigma en cada situación. El raudo vuelo de su pensamiento nos arrebató consigo, mostrándonos cómo desde las alturas se abarca mejor la armonía de los conjuntos. Aquel obrero artista, ya desaparecido, fué de los que buscaron, conquistaron y dispensaron la belleza y la fuerza: como él, muchos otros, en cada generación, nos han dado á manos llenas un sinnúmero de maravillosas perlas con las cuales hemos adornado nuestra frente; á las veces sin consagrarles un pensamiento de gratitud,

entregándoles otras, todo nuestro ser agradecido en ardientes aspiraciones, llamando cerca del nuestro su gran espíritu que ha entrado ya en el misterio; sin que un solo pensamiento de inquietud nos atormente, porque, recordando sus pensamientos repetimos con él:

«He podido por algunos instantes entrever la tranquilizadora calma que vive en el fondo de las cosas, como la perla en el seno de los mares y sé que no hay motivo de inquietud».

Abril 7 de 1908.





AURORA BOREAL

Se lee en el Antiguo Testamento, que cantando David ante Saúl, y á los suaves lamentos de su arpa, desaparecía la sombría tristeza del Rey; y las melodías del inspirado artista desvanecían los misteriosos terrores y las alucinaciones extrañas de aquel cerebro enfermizo.

Del mismo modo, Cristo Salvador, queriendo adormecer los dolores del hombre, dulcificar el tormento de su agonía y transformar el horror de su muerte; pronunció desde lo alto de la Cruz siete

palabras, cuyo eco celestial no puede ser comparado á nada de lo de la tierra. Siete acentos, cuyas infinitas combinaciones han servido y servirán hasta el fin de los tiempos, como las siete notas de la música humana, para multiplicar las inspiraciones del genio. En su maravillosa y espléndida riqueza, los siete sonidos de la gama han bastado para expresar todos nuestros sentimientos, todas nuestras aspiraciones, todos nuestros ensueños; así los éxtasis de la religión, como los cánticos del triunfo, así la desolación de los días de duelo, como el arrobamiento de las horas de goce. Así también, las siete notas divinas que la doliente voz de Cristo ha dado á través de todos los siglos y más lejos que todos los espacios quedan como el misterioso y sublime acorde del cielo con la tierra; como las inspiradoras de los arrebatos de amor de los solitarios, la esperanza

de los que lloran, de los que oran, de los que tiemblan! Como el llamado secreto hacia las sendas del cielo; como el invitatorio á ceñir la palma del mártir. Como la suprema esperanza y la inefable realidad...!

I

EL PERDÓN.—PADRE! PERDÓNALOS

La primera palabra del Cristo es el apogeo desu misericordia. Cristo no tiene más que una inquietud, no siente sino un tormento y es el temor de la cólera del Padre para con sus verdugos. En este tormento único de la historia, la divina bondad rompe, transpasa todo límite y parece llegar más lejos que el infinito; es el apogeo, es el exceso de la misericordia, es el amor que se sobrepasa á sí mismo! Mientras que el resto de los

hombres tiemblan á la hora postrera, y perciben á la luz clara de la eternidad las sombras y las manchas de su alma; mientras que poseídos de santo temor gritan como David: *Si observáis mi iniquidad, quién no será confundido, Señor!* » ... mientras que agitados por las angustias de la agonía piden perdón á Dios y á los hombres; Cristo, Él, no implora nada para sí. Su alma inmensa se transporta en sueños de amor y de misericordia é implora para los demás la gracia del perdón!

Todo el Evangelio está comprendido en esta palabra de inefable consuelo, y la Religión del Cristo aparece en este momento bajo una faz enteramente divina. Ah! si los hombres quisieran comprender que el amor es la base y el fondo del cristianismo, no se detendrían en las dificultades que embarazan á veces su espíritu! Cuando la incredulidad ataca las verdades sobrenaturales de nuestra

Religión es evidente que jamás ha llegado á ponerle una objeción insoluble. Pero ¿cuál es el cristiano que no haya gemido más de una vez al no poder exponer de un modo más brillante, más triunfante, más victorioso, el conjunto de las pruebas que constituyen sus propias condiciones? ¿Cuál es el apóstol que en un momento dado no se haya desesperado con la insuficiencia de su erudición, con alguna traición de su memoria, que estos hombres, dejando á un lado toda controversia digan tan solo: «Amigos, hermanos míos, somos todos miserables y pecadores; pero Dios, nuestro Padre, tiene misericordia de nosotros y se apiada de nuestro sufrir. Cristo quiso morir en una cruz para alcanzarnos el perdón». Y entonces, ¿qué objeción se les podría oponer?

¡Qué no sea posible reunir al pié de la Cruz de Cristo, en un mismo senti-

miento de adoración y gratitud, á los que ama nuestro corazón! A los conocidos y desconocidos, á los que habitan en nuestra patria y á los que viven en la otra extremidad del mundo; á los hombres del pasado y á los de los siglos venideros, para respirar y vivir juntos en esta atmósfera divina de perdón!...

En el momento de comparecer ante el divino Juez, los humildes, los sinceros amigos del Cristo serán animados con una inmensa esperanza, oyendo por última vez el eco de la voz querida que intercederá por ellos como en el Calvario, diciendo: «*Padre perdónalos!*»...

II

DÍALOGO CELESTIAL.—HOY ESTARÁS CONMIGO...

Al pié de la Cruz, entre los enemigos de Cristo, se encontraban también su

madre, la penitente heroica que había llegado á ser su amiga de predilección, y el discípulo, el amado de su corazón. Embargados estos tres seres, por su dolor y el tormento de aquel espectáculo, se callaban porque acaso no encontraba su alma una palabra que pudiera describir ó desahogar su duelo! El silencio! Tal es el distintivo de las grandes amarguras! Tal es el efecto que la compasión extremada produce en las almas que contemplan un dolor y lo comprenden. Así los amigos de Job, no encuentran ante el espectáculo de conmiseración que ofrece su amigo, ni una expresión, ni un acento para manifestarle sus sentimientos.

Todos callaban alrededor de la Cruz; la madre adorada, la amiga predilecta y el discípulo bien amado: antes, en Gethsemani, cuando Cristo sintió que se agotaban sus fuerzas, y que se le iba del

cuerpo la vida, clamó diciendo: «*Mi alma está triste hasta la muerte*», y el cielo oyó esta suave queja, y un ángel... ¡Ah! por qué no sabemos su nombre, y por qué no lo llamamos en nuestras horas de amargo pesar!... había venido á confortarle. Pero ahora, durante el extraño silencio de sus amigos, cuando ni la madre ni el ángel pronuncian una palabra, ahora es un criminal el que hablará en nombre de la humanidad.

«Había, dice San Lucas, á la derecha y á la izquierda del Salvador, dos criminales crucificados como él. Uno de ellos blasfemaba diciendo: «Si eres el Cristo sálvate á tí mismo y á nosotros contigo». Y el otro crucificado le respondió: «¿No temes á Dios tú que estás condenado al mismo suplicio?» Y volviéndose hacia Jesús le exclamó: «Señor, acuérdate de mí cuanto estés en tu rei-

no». Y Jesús le dijo: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Jamás diálogo alguno encerró tantas cosas ni abrió horizontes tan vastos. Jamás la palabra humana ha merecido tanta admiración, ni la palabra divina tanto reconocimiento. Un moribundo ve á Jesús moribundo y le pide la vida! Un crucificado ve á Jesús crucificado, y le habla de su reino! Sus ojos no ven sino cruces y su fé, sin embargo, se representa en trono!...

Su reino! ¿De dónde pudo venir al ladrón aquella luz, aquella inteligencia superior, aquel misterioso don de intuición divina? Cómo la vista de tanta miseria no hizo vacilar su fé? ¿Y cuál fué el signo que le hizo ver el incomparable brillo de la divinidad, en la pálida y ensangrentada frente de su compañero de agonía?...

A la manera que dos electricidades contrarias que chocando producen el rayo, así el grito de insulto y la oración de misericordia se cruzaron sobre la cabeza del crucificado: brilló la luz, lo hirió en su corazón y en su espíritu, y entonces por uno de esos prodigios que sólo la gracia divina puede operar, aquel criminal, aquel miserable salvó de un salto inmensas distancias y pasó en un instante del pecado á la santidad.

Cristianos: no esperemos la hora última para comprender que ni la prosperidad ni el sufrimiento valen la pena de la demasiada solitud que les consagramos. Aspiremos á la posesión del reino eterno y de los eternos bienes; y en nuestras desolaciones recordemos que fué á un crucificado á quien Cristo hizo la promesa más maravillosa que jamás oído humano haya percibido! No tratemos de desclavar de la Cruz donde á veces agoniza

nuestro espíritu, puesto que es desde lo alto de la Cruz que se habla íntimamente con Cristo y que se divisa el cielo!

A medida que las tinieblas vayan aumentando á nuestro alrededor, miraremos y veremos al Cristo al otro lado de la muerte! Y ya sin palabras, sin movimiento, cuando murmuremos interiormente: «Señor, acordaos de nosotros», Cristo nos responderá: *«Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso»*.

III

LA MADRE.—MUJER, HE AHÍ A TU HIJO

Cuando dos almas unidas por el heroísmo de un sacrificio mutuo y de un mutuo amor, han resuelto inmolar los sentimientos de su alma y ahogar en santo silencio la voz de la naturaleza, pueden

aparecer insensibles ó indiferentes ante los mayores dolores.

La obra de la Redención iba á cumplirse porque el Cristo y su madre habían aceptado en silencio y por amor, la separación que precedió á su unión eterna. Aquella palabra de Cristo: «*Mujer, he ahí á tu hijo*», completan y terminan el rol que la Virgen, según el plan divino, debía desempeñar en la Redención. A medida que su hijo se aparta de ella, ella se acerca á los hombres, y cuando Jesús le habla así, no es sólo un deber el que la impone, sino un lazo que establece entre la madre y los hijos; un dulce é indisoluble lazo. «Al pie de la Cruz, dice el evangelista, estaba su madre»... Al pié de la Cruz se encontraban tres mujeres, una Virgen, una mujer casada y una pecadora convertida... Es decir, la mujer en todas sus condiciones, mientras vive en la tierra; la mujer, símbolo vivo,

profecía en acción del rol que debía desempeñar después en el cristianismo. «Al pie de la Cruz, es decir, segura, sólida, inquebrantable en su fé, en su amor, en su misericordia». Al pie de la Cruz, es decir, en medio de todos los sufrimientos humanos, realizando en sí aquella palabra del libro santo: «Donde no está la mujer, gime el pobre». Y al darnos Cristo por madre á su madre, ¿no quiso decirnos también: *«Donde no está la madre, el hijo llora?»*

Para calmar los dolores de nuestra ánima, para arrojar lejos de nosotros los sombríos fantasmas, esta madre cumpliendo la misión encomendada, murmurará á nuestro oído las consoladoras canciones que cantan todas las madres, y nos dirá lo que aprendió en el Calvario para endulzar nuestra suerte de desterrados.

IV

EL FONDO DEL ABISMO.—PADRE! POR QUÉ
ME HAS ABANDONADO?

Dice el Evangelio que Cristo lanzó este grito de angustia hacia la hora de nona, es decir, poco antes de expirar, mientras que las otras palabras fueron pronunciadas al principio del suplicio. Cristo guardó, pues, solemne silencio durante la peor hora de sus tormentos, quería estar solo con Dios Padre, replegada su alma, concentradas sus energías y sus facultades para la postrera lucha, para el último trance.

De todos los humanos sufrimientos, no hay ninguno comparable al completo y universal abandono. Jesús se ve primero abandonado por los hombres, y hé aquí que ahora se siente dejado de la mano

del Padre. Unos instantes más, y morirá: entonces echa una mirada desde lo alto de su cruz, á la obra de la Redención, y se pregunta, acaso, si algo falta aún á su sacrificio. Oh Dios! no podía ser que alguien dijera el día de los altos juicios «*Yo he sufrido más que él*». Faltaba aún un martirio más á la tortura indecible! Faltaba el abandono, ese compendio de todas las desesperanzas humanas. «Todos los otros tormentos del Salvador, dice Bossuet, no son sino imágenes, comparados con los dolores, con la opresión, con la angustia que sufre su divina alma, de la mano del Padre que castiga en ella los pecados de la humanidad». «Su padre, que en el curso de su vida se complació en demostrarle tantas veces su amor, ahora lo abandona y lo deja sin recurso alguno».

«Por qué!» ¡Ah el horrible dolor de preguntarlo y de no tener la respuesta!

Hora nefanda en que la imaginación del hombre turbada, atravesado por el dardo de la duda, gime: «*Por qué estoy abandonado!*» Quién puede pintar la cruel alternativa de la inteligencia que, de improviso, se pierde en las obscuridades de una noche sin fin? ¿Cómo describir las angustias indecibles de un espíritu que no sabe si hay ó no hay un Dios en el Cielo, y si existe en el corazón del hombre otra cosa que orgullo, envidia y desprecio? Ayer creía en una alma inmortal, en una vida futura... y hoy me pregunto si estas palabras que repetimos por hábito, no son otra cosa que quimeras... Triste noche en que se agitan mis ideas! Dios mío, para qué nos creaste si no pedíamos ser creados! Dios mío! si nos diste una inteligencia, ¿por qué le rehusáis la evidencia de la verdad?... ¿Por qué hay tantos sufrimientos inútiles é inmerecidos en la tierra? Por qué unos

mueren de hambre, mientras que otros gozan hasta la saciedad de los placeres de la riqueza? ¿Por qué hay ciegos de nacimiento? sordo-mudos? leprosos, paralíticos?

Oh, Cristo! Cristo: vuestra voz subirá más alto que toda nuestra desesperación! hasta el fin de los tiempos ahogará el grito de imprecación que arranca á veces, á nuestra debilidad, un exceso de dolor. Y nosotros no podremos agradecer bastante el haber querido compartir nuestras desolaciones y nuestras miserias; descendiendo al fondo de nuestro abismo nos habéis salvado, haciéndonos subir con vos á la serena región de la luz y de la paz!...

V

LA SED.—TENGO SED

Hace ya tres horas que el Cristo pende de la cruz. El fuego de la fiebre quema sus labios, seca su garganta y consume su pecho. Todos sus sufrimientos acumulados le han reducido á la última extremidad; ya no sabe si vive ó si está muerto... No sabe sino una cosa, no siente sino un martirio, la sed, y como el herido de los campos de batalla, no pide ni sueña otra cosa que un poco de agua.

Durante la persecución de Valeriano, en el II siglo, una virgen llamada Anastasia, torturada de mil maneras, exclamó como el Cristo en la Cruz. «Tengo sed». Un hombre, llamado Cirilo, movido á compasión, corrió en busca de un vaso de agua fresca y lo aproximó á los labios de

la mártir agonizante. «Y tú eres también cristiano? le gritó el procónsul». «Sí» contestó Cirilo. Y entonces, dice el Martirologio con sublime elocuencia, «en recompensa de su caridad, Cirilo recibió el martirio»... Si Dios no nos llama como á Cirilo, al honor de derramar nuestra sangre por él, promete el cielo á los que tengan compasión de El en la persona de los pobres, de los enfermos y de los desgraciados, nuestros hermanos de miseria.

Pero no penetraríamos en los verdaderos sentimientos de Cristo, si no comprendiéramos qué clase de sed era aquella que hacía su martirio. Si en su cuerpo puede el hombre experimentar el suplicio de la sed; en su alma se siente á menudo atormentado de mil deseos aún más dolorosos. Y mientras que la privación de una gota de agua nos mata; si dura demasiado tiempo, la sed insaciable de

la felicidad nos martiriza lentamente con cruel tortura. En el Evangelio, el Cristo da á menudo el nombre de sed á nuestro ardiente deseo de dicha, y la *sed eterna*, dice en la parábola del rico avariento, queriendo significar el más atroz de los tormentos. En su diálogo con la Samaritana le pide de beber y añade. «Si supieras quién te lo pide y que dón de Dios encierra mi pedido». Otro día hablando á sus discípulos les dice: «El que cree en mí no tendrá sed jamás». ¿Qué prometía el Cristo en esta palabra? La dicha que no se encuentra sino en El. Si alguna vez exige de nosotros el sacrificio de una separación cruel, no es para abandonarnos ni dejarnos para siempre en la soledad del corazón. Es más bien para «desalterarnos en el torrente de sus delicias». Según la palabra santa: es para derramar el agua viva que salta hasta la vida eterna, en nuestros vasos vacíos, y

sólo tendrán parte en el júbilo, los que durante la vida se hayan acercado al Cristo en cruz para oírle decir: «Tengo sed de vuestras almas, bebed mi sangre que será derramada por la salvación de muchos».

VI

EL FIN DEL SACRIFICIO.—«TODO ESTÁ
CONSUMADO»

Cuando á la voz de Dios se despertó la nada y se entreabrió para dar paso al rayo de luz y á la brizna de hierba; á los ejércitos de soles, á la insondable profundidad del océano, al insecto imperceptible y al ser inteligente y libre que lleva en sí la semejanza divina; un aplauso inmenso y misterioso brotó, haciendo estremecerse todos los mundos. «Dios,

dice el Génesis, vió que lo que había hecho era bueno». Y cuando el Cristo hubo terminado nuestra redención dijo: «*Todo está consumado*». Creador y moribundo, Dios se dió el mismo testimonio.

Pasad delante de su Cruz, innumerables multitudes de generaciones humanas, saludad á vuestro jefe caído gloriosamente en el campo de batalla; y si uno solo de entre vosotros osara decir, cuando Jesús exclama: «*Todo está consumado*». «Podíais haber hecho aun más» podríamos aplicar á ese hombre aquella palabra de anatema: «Más le valiera no haber nacido». El hijo de Dios antes de subir á la diestra del Padre, quiso dar testimonio de que su obra estaba terminada. «Cristo, dice Bossuet, recorre todas las profecías, viendo si aún queda algo por hacer y encontrando que ya no restaba sino su muerte para desarmar

á la airada justicia dice: «*Todo está consumado*».

San Pablo con aquella seguridad espléndida que era la suya, y que lo espera todo porque todo lo ha dado, dijo de sí: «He combatido el buen combate, he terminado mi carrera; no me queda sino recibir la corona que el severo juez reserva á los que aman su advenimiento». Mas nosotros ¡qué de veces en el combate contra las pasiones hemos depuesto las armas, hemos retrocedido y acaso nos hemos pasado al enemigo!... Para remediarnos se hizo carne el Verbo, habitó entre nosotros «*lleno de gracia y de verdad*» y en adelante ya no estuvimos solos en los caminos de la vida. Cristianos! cuando en la hora postrera miréis temblando vuestro pasado; cuando el recuerdo de vuestras culpas os venga á la memoria para desanimaros, no os dejéis turbar por el lúgubre espectáculo. Acor-

daos de aquella consoladora palabra de Lacordaire: «La inocencia es una gota de agua en el mundo; el arrepentimiento es el océano que lo envuelve y lo salva».

¡Madre que lloras á tu hijo, esposa que has quedado en la más horrible de las soledades, la del corazón, mirad á Cristo que ha consumado todos los sacrificios y repararéis el acuerdo que el pecado había roto entre vuestra alma y Dios, y esa alma, vuelta á su primitiva belleza, reflejará eternamente la hermosura infinita.

VII

ENTRE SUS MANOS.—PADRE! EN TUS MANOS
ME ENCOMIENDO...

La última dulcísima palabra de Cristo, es como el acorde final que termina la divina melodía comenzada con la plega-

ría del perdón. En las composiciones musicales, el tema principal enunciado al principio y desarrollado en seguida en modulaciones de infinita variedad, se reproduce al fin de la sinfonía con un carácter todavía más grandioso. Así la última estrofa del himno destinado por Dios á mecer nuestras agonías y á endulzar nuestra muerte, trae de nuevo la primera palabra pronunciada por Cristo al comenzar la Crucifixión: «*Padre, perdónalos. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*».

Sea lo mismo para nosotros; si durante la vida nuestra desgracia y nuestras faltas nos hubieren alejado de Dios y hecho olvidar la grandeza de nuestro eterno destino, digamos antes de morir, con alegría y confianza: «*Padre, que estás en los cielos*», como cuando nuestra madre juntándonos las manos, nos lo enseñó, en los albores de nuestra niñez. El

alma del cristiano despierta á la vida en luz y en alegría; no es posible que se duerma en la indiferencia y en la obscuridad. Padre, os entrego mi alma! luego creo firmemente en la existencia de Dios creador, y en la realidad de mi alma inmortal. No todos creen! y por raro que aparezca, después de dieciocho siglos de cristianismo, aún se encuentran hombres que, al morir, no se atreven á repetir como San Pablo: «Queremos ser revestidos de inmortalidad en la vida sin fin». Pobres ateos! pobres materialistas! ¿Quién os compadecerá como merecéis? Habéis quitado á la muerte su mérito y su dignidad, y desaparecéis del escenario del mundo, mudos é inconscientes. Todo hombre en virtud de su libertad, puede dar ó rehusar su alma á Dios; y vosotros, desconociendo esta libertad os priváis al mismo tiempo de una dicha que Cristo juzgó infinita, cuando dijo: «*Si es*

dichoso el poder recibir, más es el poder dar» (1) En verdad cuando el hombre ha llegado seriamente á la conclusión que nada existe fuera de la materia, muere como el animal que de la pradera se lleva al matadero, sin aprehensiones, sin conciencia, sin dignidad. Ah! de todas las deshonras y humillaciones por que puede pasar la naturaleza humana, no hay ninguna más dolorosa y rebajante que ésta!

Pero para nosotros, cristianos, como para nuestro Salvador bien amado, la muerte es la conclusión solemne, el desenlace grandioso del drama en que se juega nuestro destino. Creemos firmemente y creemos á ciencia cierta que llevamos en nosotros un principio inmaterial é imperecedero; sabemos que, á más de dar á los gusanos nuestro cuerpo, hemos

(1) Actas.

de restituir nuestra alma al Creador que la reclama, que la llama y que la espera, como después de larga ausencia, aguarda el amigo la vuelta de su amigo!

Allí, en nuestro lecho de muerte, estará Cristo y, mientras nosotros le entregaremos en paz y dulzura nuestra alma sedienta de amor y de goce. El repetirá á su Padre la misma palabra que le dirigió desde la altura de la Cruz, no ya por sí ni para sí, sino para sus elegidos y por los que ama su corazón: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»*, es decir, todas aquellas almas que constituyen una misma esencia con la mía en el eterno amor...»

.....

De la muerte del Cristo brotó nuestra vida y «por Él fuimos nosotros salvados». En la larga noche de los tiempos

se entreabrió el cielo y una luz blanca apareció en el norte, viniendo de la altura. Arco inflamado, signo de paz, fin de tempestades, como cuando en las largas noches del Polo aparece transformando en claridad las sombras, la Aurora Boreal.



Libros del mismo autor:

En preparación

“La vida íntima de Marie Goetz”

“Sous les bougies roses”